..Gómez

3459

44/2

FEDERICO REPARAZ

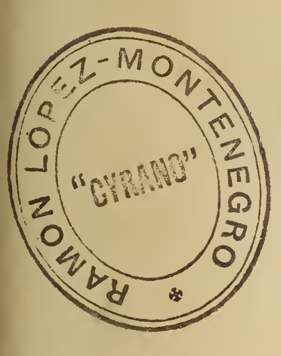
RAMON LOPEZ-MONTENEGRO

EL DIRECTOR ES UN «HACHA»

HISTORIETA CÓMICA

EN TRES ACTOS

INSPIRADA EN EL ASUNTO DE UNA OBRA ALEMANA





MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

CALLE DEL PRADO, NÚMERO 24

1923

13

A la ilustre y hermosa actriz María Gámez, primera persona que oyó esta obra, le dedicamos el primer ejemplar que acaba de salir del horno. Con la admiración y la simpatía de sus invariables amigos

Federico Reparaz

López-Montenegro.

Madrid 23.II.1923.

EL DIRECTOR ES UN "HACHA"

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la **Sociedad de Autores Españoles** son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL DIRECTOR ES UN "HACHA"

HISTORIETA CÓMICA EN TRES ACTOS

DE

FEDERICO REPARAZ

Y

RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO

INSPIRADA EN EL ASUNTO DE UNA OBRA ALEMANA

Se estrenó en el TEATRO IMPERIAL, de Madrid, en la noche del sábado 27 de enero de 1923.

MADRID

SUCESORES DE R. VELASCO

Marqués de Monasterio, 3.—Teléfono 30-85 M.

1923

PERSONAJES	ARTISTAS
Julia, "la Castiza"...............	Antonia Herrero.
Blanca..............................	Carmen Posadas.
Doña Patricia.....................	Luz Romea.
La señora de X,.................	Adela Fuentes.
La señorita Z.....................	Ana Tormo.
Petra...............................	Concepción G. Leonardo.
Enrique Paredes..................	Manuel París.
Don Próspero de Cienfuegos.	Santiago García.
Paco Peña..........................	Pedro F. Cuenca.
El señor Antón..................	Francisco Cejuela.
García..............................	Enrique Navarro.
Rodríguez..........................	Fernando Peinador.
El caballero H....................	Francisco González.

Licitantes de uno y de otro sexo.

La acción, en Madrid y en un día de octubre.—Epoca actual.—Derecha e izquierda, las del actor.

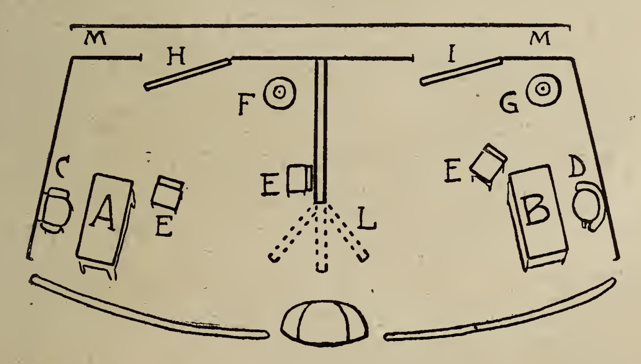
Apuntó esta obra en la noche de su estreno, José Colomina; llevó el segundo apunte Juan Navarro, y se estrenaron dos decoraciones de Ramón Peinador.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.—A los directores de escena que monten esta obra, recomiendan encarecidamente sus autores que reparen en las acotaciones y se atengan a ellas con la mayor fidelidad.—Les suplican también que lleven toda la obra con la alegría, animación y rapidez posibles.



ACTO PRIMERO

Estamos en la Dirección del Ferrocarril Peninsular y aparece la escena dividida en dos secciones. La de la derecha es el despacho del director, y la de la izquierda, el despacho del secretario. Los demás detalles esenciales para el juego escénico pueden verse en el siguiente plano:—



A. y B.—*Mesas de despacho con servicio de escribir, carpetas, legajos, libros, papeles, etc.—En la* **A**, *una caja con pitillos y otra de fósforos.*

C. y D.—*Sillones de madera.*—**E.**—*Sillas volantes a juego con otras que habrá bien colocadas.*

F. y G.—*Percheros portátiles.*

H, I L.—*Puertas mamparas. Esta última lleva una mirilla de las llamadas "ojo dc buey".*

M.—*Forillo de pasillo.*

En las paredes, planos de ferrocarrilcs, modelos de locomotoras y vagones, algún estante con libros, calendarios, etc.

Es de día.

Al levantarse el telón se encuentra sentado ante la mesa **B** *y trabajando febrilmente* **Enrique Pare-**

674400

des, *secretario de la Dirección del Ferrocarril Peninsular, hombre listo y simpático, que ha doblado los treinta y viste de americana.*

Enrique.—...y siete, noventa y una; y tres, noventa y cinco; y ocho, ciento diez, y llevo diez... Digo, once... Digo... ¡No sé lo que me digo ni lo que me llevo!... (*Tirando la pluma con rabia sobre la mesa.*) ¡Ya estoy loco!...

García.—(*Ordenanza de estas oficinas, con setenta años a la espalda, bigote blanco y recortado y terno negro con galones. Es un infeliz, a quien la vida y los achaques tienen acobardado. Entra por el foro izquierda, con varios periódicos y cartas, y se acerca a la mesa.*)—El correo. (*Deja todo sobre ella y repara en el secretario.*) ¿Qué es eso, don Enrique? ¿Hay mal temple?

Enrique.—Hay lo que debe haber, mi querido García: que me paso la semana y el año barajando números, y que ya no sé si esto es una cabeza o es el bombo de la lotería nacional. A ver, toque usted, toque usted...

García.—¡Je, qué cosas tiene don Enrique!

Enrique.—¡Sí, sí!

García.—En fin, mejor es eso; porque ya me pensé que el mal temple era por otro asunto.

Enrique.—¿Por otro asunto?

García.—Claro... Como hace pocos meses que se ha casado usted...

Enrique.—¡Hombre!...

García.—No, no; no lo eche usted a malicia. Ya sé por qué lo digo. Es que usted, don Enrique, hace tiempo que desea ascender, y...

Enrique.—(*Sonriendo.*) ¡Bueno va! ¡Tiene usted un modo de explicar las cosas!...

García.—Ya sabe usted por dónde voy, que no tiene usted pelo de tonto. Y, si no, más claro. ¿No es verdad que a don Próspero, el director, se le hace siempre muy cuesta arriba ascender a un empleado, si antes no ha conseguido de la esposa algún favor de cierta especie?

Enrique.—¡Caray, García, yo no tendré pelo de tonto; pero en la lengua tiene usted menos pelos que yo!...

García.—Dice usted que hable claro...

Enrique.—Sí, sí, muy bien. Y de ese asunto, nada; estoy satisfechísimo. Dentro de pocos días seré ascendido a jefe de sección.

García.—¡Don Enrique!... (*El gesto que acompaña a esta exclamación debe ser "todo un poema".*)

Enrique.—¡Oh! Tranquilícese por mi decoro, noble amigo. Mi ascenso no significa nada de lo que usted supone. (*Sonríe y se levanta.*) En fin, voy a

ponerle en autos, no sólo porque ha salido la conversación y es usted la persona de mi confianza en esta casa...

García.—Gracias, don Enrique...

Enrique.—... sino por egoísmo. Me conviene que esté usted en la intriga. (*Le ofrece un pitillo, que toma García, dando las gracias con un ademán. Enrique enciende el suyo y entrega la cerilla encendida al ordenanza.*) Decíamos que don Próspero de Cienfuegos, ilustre Director de la Compañía del Ferrocarril Peninsular, ejercita en pleno siglo XX un antiguo y odioso derecho como señor feudal de esta oficina. Algunos infelices se han conformado con su suerte; otros "frescos" la buscan, y el que se siente digno, renuncia a su trabajo y se marcha a otra parte.

García.—Cabalito: el Director, es un "hacha".

Enrique.—Pero yo me propongo no ser un sinvergüenza, ni un infeliz, ni un "primo"...

García.—¿Y piensa usted ascender?

Enrique.—Esta misma semana. (*Pausa. García está asombrado.*) ¿Usted conoce a mi mujer?

García.—¿A la señorita Blanca? Sí, señor. De verla por aquí, cuando viene.

Enrique.—Perfectamente; pero ocurre, mi estimado García, que esa señora a quien usted conoce, ni se llama Blanca, ni es mi mujer. Por lo demás... (*Sonriendo ante la imponderable estupefacción de García.*) ¡Sí, hombre, sí; no se sorprenda usted! La cosa es muy sencilla. El director supo que yo me había casado y, según su costumbre, mostró deseos de conocer a mi mujer. (*García hace un gesto como diciendo: "¡Eh, qué tal! ¡Si sabré yo quién es el tío ese!"* Pero yo estaba prevenido. Una de las artistas que actualmente trabajaban en el "Madrid-Kursaal" es Julia "la Castiza", y Julia "la Castiza", cuando sólo tenía siete años fué recogida del arroyo por mi hermana mayor, que la educó y la tuvo como una señorita; mas lo que sale de la calle, a la calle vuelve, tarde o temprano, y al fallecer mi pobre hermana le faltó tiempo a Julia para tomar la puerta y perderse de vista.

García.—"Quien da pan a perro ajeno..."

Enrique.—Menos mal que este perro ha sido agradecido. Años después de aquella fuga, volví a saber de la muchacha. Se había hecho una "estrella" del cuplé, y gozaba de tanta popularidad por su arte como por el desenfreno de su vida privada.

García.—Algo he oído hablar...

Enrique.—En esto, vine de secretario a la Dirección de la Compañía; dispuse mi boda, y, para lograr el ascenso, burlando los ataques del director, pensé en la antigua protegida de mi hermana.

García.—Ya creo adivinar...

Enrique.—Como que está bien claro. Me presenté a la artista; le dije quién era yo y cuál mi propósito, y algo por gratitud y mucho por su espíritu revoltoso y aventurero, aceptó, sin dudarlo, el papel principal en la comedia preparada. (*Transición. Volviendo a sentarse en el sillón.*) Y ahora, ya sabe usted quién es la señorita que aquí se hace pasar por mi esposa legítima y si tengo motivos para esperar mi ascenso a jefe de sección esta misma semana.

García.—(*Asombrado.*) ¡Hombre!... El Director, es un "hacha"; pero a usted hay que verle despacio. (*Transición.*) Y escuche, Enrique: don Próspero, ¿no conoce a "La Castiza"?

Enrique.—Cá. Don Próspero es un hipócrita que no gusta de que le vean por los teatros alegres.

Doña Patricia.—(*Dama cincuentona, fea y con impertinentes. Entra foro derecha.*) ¡García! ¡García!...

García.—La señora del Director. (*Entra apresuradamente en la sección de la derecha por la mampara divisoria.*) Mándeme usted.

Patricia.—¿Y mi marido?

García.—No ha venido aún.

Patricia.—Está bien. Llame al Sr. Paredes. (*Obedece García.*)

Enrique.—(*En su trabajo.*) Cinco y nueve, diez y seis... y seis

García.—(*A Enrique.*) La señora del Director quiere hablar con usted.

Enrique.—(*Con extrañeza.*) ¿Doña Patricia?

García.—(*Picaresco.*) A ver si ahora tiene usted dos ascensos seguidos. (*Mutis foro izquierda.*)

Enrique.—¡Qué bárbaro! (*Se levanta y pasa por la mampara divisoria.*) ¿Señora?...

Patricia.—(*Con el azoramiento necesario para dar lugar al equívoco.*) Amigo Enrique, confiada en su discreción vengo a verle a usted... Pero, ¡por Dios!, que no lo sepa mi marido.

Enrique.—(*Azorado también por si fuera verdad lo que cree García.*) Señora... Como no se lo diga el ordenanza...

Patricia.—No, confío en García.

Enrique.—Pues usted me dirá...

Patricia.—(*Le mira, baja los ojos y exhala un profundo suspiro.*) ¡Ay!...

Enrique.—(*Con escama. Aparte.*) ¡Atiza!

Patricia.—... No sé cómo decirlo. Me da tanta vergüenza...

Enrique.—¡Señora!... ¡Por Dios!... (*Aparte.*) ¡Vaya por Dios con la señora!...

Patricia.—... Bueno. Yo sé que usted desea ser jefe de sección.

Enrique.—Sí... Justo... Es un deseo...
Patricia.—Que puede realizarse muy pronto.
Enrique.—¡Ah! ¿Sí?
Patricia.—Con una condición: que usted ha de hacer algo por mí.

Enrique.—Señora, yo...

Patricia.—Pues bien, Enrique, por rubor que me cause el confesarlo, quiero que usted lo sepa. (*Enrique se encoge, como quien va a recibir un estacazo.*) ¡Mi marido me hace traición!
Enrique.—Naturalmente.
Patricia.—¿Cómo?
Enrique.—(*Rápido.*) Que, naturalmente, usted quiere pagarle en la misma moneda.
Patricia.—¡No, hombre! ¡Dios me libre!
Enrique.—(*Sin poder ocultar su alegría.*) ¡Ah! ¿No?
Patricia.—¡Qué disparate! ¿Usted piensa que yo?...
Enrique.—No, no, doña Patricia; ¿quién va a pensar que yo... digo, que usted... Vamos, ni usted, ni yo..., ni nadie. (*Sopla con gran apuro.*)
Patricia.—Yo quisiera, tan sólo, sorprenderle.
Enrique.—Pero, bien... ¿quién es ella?
Patricia.—Una sinvergonzona que viene a visitarle.

Enrique.—(*Fingiendo asombro.*) ¿Aquí?

Patricia.—Aquí, Enrique; aquí mismo. Estoy muy enterada. Es una cupletista del Kursaal. Se llama Julia, y, por mal nombre, "la Castiza". Con que usted me va a hacer el favor de avisarme en cuanto esa lagarta se presente en este despacho. ¿Me lo promete usted?
Enrique.—Se lo prometo. (*Aparte.*) Una promesa más, qué importa al mundo.
Patricia.—Pues yo, en cambio, le protegeré a usted.
García.—(*Por el foro izquierda y sosteniendo la mampara hasta que entra Julia.*) Pase usted, pase usted.
Julia.—(*Entrando.*) Pero, ¡cómo! ¿No está mi marido?
García.—(*Con retintín de hombre que se halla en el secreto.*) No, señora, no está "su marido"; pero como "su marido" no puede vivir sin "su señora", en cuanto yo le diga a "su marido" que "su señora" está aquí, no tarda "su señora" tres segundos en abrazar a "su marido". (*Ríe.*) ¡Je, je!...
Julia.—Bueno, hombre, bueno; ¿hay buen humor?
García.—Junto a usted no se puede estar triste. ¡Je, je!...
Julia.—(*Que se ha sentado sobre la mesa y deja sobre ésta el bolso que trae, del cual saca una caja*

de pitillos turcos o egipcios y enciende uno.) Más vale así.
Patricia.—(*Que ha ido subiendo con Enrique hasta la puerta del foro, le estrecha la mano.*) Pues quedamos en eso. Hasta la vista.
Enrique.—Adiós, señora.
García.—(*Al disponerse a abrir la mampara de primer término, se vuelve hacia Julia.*) ¡Je, je! (*Entra en la derecha.*) ¿Qué, se fué ya doña Patricia?
Enrique.—Acaba de salir.
García.—(*Presuroso.*) Voy entonces. (*Transición. Medio mutis.*) ¡Ah!... Ahí está su señora. (*Mutis foro derecha.*)
Enrique.—(*Extrañado.*) ¿Mi señora? Pero si le tengo dicho que no ponga los pies en la oficina. (*Pasa a la izquierda por la mampara divisoria.*) ¡Ah! ¿Es usted?
Julia.—(*Bromeando.*) No; soy una prima mía. (*Le arroja a la cara una bocanada de humo.*)
Enrique.—¡Julia, por Dios, que mi mujer no fuma pitillos!
Julia.—Ah, pues puros no tengo.
Enrique.—Es que mi mujer no fuma nada.
Julia.—Eso ya es otra cosa. (*Tira el pitillo.*)
Enrique.—Ni acostumbra a sentarse en las mesas.
Julia.—¿No? Pues hace muy mal, porque favorece muchísimo.
Enrique.—Bueno, hágame el favor de apearse. Puede venir cualquiera... (*La toma por el talle y la ayuda a bajar.*)
Julia.—Y tú haces el favor de apearme el tratamiento. ¿Qué es esto de llamar de usted a tu esposa legítima?
Enrique.—Es que usted no es mi esposa.
Julia.—Entonces, ¿por qué no he de fumar pitillos?
Enrique.—Porque en esta casa mi decoro matrimonial está en manos de usted.
Julia.—Luego en esta casa soy tu propia mujer. (*Con burlona zalamería.*) ¡Anda, nenito mío, dame un beso! (*Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*)
Enrique.—(*Rechazándola con severidad.*) ¡Pero, Julia!...
Julia.—¡Pero, Enrique!... ¡Si estamos solos!
Enrique.—Razón de más. El terreno de la confianza es muy resbaladizo. Estoy en los primeros meses de matrimonio y no me perdonaría jamás la más leve traición.
Julia.—(*Con mimo.*) ¡Anda, chato!
Enrique.—(*Incomodado.*) ¡Yo no soy chato!
Julia.—Pero, vamos a ver, ¿en qué quedamos?

¿No me has dado el encargo de pasar por tu propia mujer, cosa que yo hago con verdadero gusto, en memoria de aquella santa hermana tuya... y porque me divierte muchísimo el enredo?

Enrique.—Perfectamente. Usted es tan amable que accede a sacarme de este apuro; pero una cosa es que usted engañe al director y otra que yo engañe a mi esposa.

Julia.—¿Y quién trata de lo segundo? (*Riéndose de un modo que no deja lugar a dudas.*) Nada, nada, mi señor don Enrique: basta que te molesten mis familiaridades para que yo abuse de ellas. Esa es y será siempre Julita "la Castiza". Todo lo toma a broma y nada en serio. Y demasiado lo sabías tú cuando viniste a mí.

Enrique.—(*Resignándose.*) Bueno, bueno; ¡qué le hemos de hacer! ¿Y qué día piensa usted dar por terminada su empresa? Don Próspero es un hombre que no suelta el ascenso hasta que no ha rendido definitivamente la plaza sitiada, y esta situación va haciéndose ya demasiado violenta. Además, la mujer de don Próspero sabe que viene usted aquí a enamorar a su marido, y, como no nos demos prisa, puede llevarse el diablo toda esta trapisonda.

Julia.—Pero, Enrique, por Dios, en tu afán de ascender, te olvidas hasta de tu propio decoro.

Enrique.—¿Cómo?

Julia.—Naturalmente. Una recién casada no va a admitir, a las primeras de cambio, al primer vejestorio que le diga "por ahí te pudras". Piensa que quien sufriría con esa precipitación sería tu mujer legítima. Y ya que tu mujer, es decir, yo, tenga que capitular, que sea al menos una capitulación honrosa.

Enrique.—¡Divina teoría!

Julia.—No tengo otra. Además, ¿no le he hecho bastantes cucamonas a ese tío? ¿No he venido a buscarle cinco veces? Pues si esto es ir despacio...

Enrique.—Muy despacio, sí, muy despacio. Es preciso, cuanto antes, jugar la última carta.

Julia.—¿La última carta? Sea. Voy a escribírsela ahora mismo. (*Disponiéndose a hacerlo.*) ¡Pero no olvides, Enrique de mi alma, que eres tú quien precipitas a tu esposa en el abismo de la vergüenza! (*Con entonación cómicamente trágica.*)

Enrique.—(*Sonriendo.*) Conseguirá usted hacerme reír.

Julia.—¡Pues sí que sería una desgracia!

Enrique.—Y dispénseme, si antes estuve un poco brusco...

Julia.—(*Que se sienta a la mesa.*) "*Perdonad, mas*

no extraño aquel tropiezo"... El ansia... La ambición... "*Dadme pluma y papel.* (*Enrique obedece.*) *Gracias; empiezo...*" ¡Bien! ¡Ya cayó un borrón! (*Tira el papel.*)

Enrique. (*Dándole otro pliego.*) ¡Cuándo tendrá usted formalidad!

Julia.—¿Yo? Ni durmiendo. Venga de ahí. Díctame lo que quieras. Si es en verso, mejor.

Enrique.—(*Que está atento a las puertas y acaba de mirar por el "ojo de buey".*) Escriba usted.

Julia.—Escribo yo.

Enrique.—"Mi querido chato..."

Julia.—¿Chato?

Enrique.—Así me llamó usted antes a mí.

Julia.—Bueno; lo pondré. (*Escribe.*)

Enrique.—(*Dictando.*) "No puedo resistir por más tiempo a tus insinuaciones..." (*Sin perder de vista ni oído las puertas.*)

Julia.—(*Que sigue escribiendo, se interrumpe de pronto.*) No puedo.

Enrique.—"... resistir por más tiempo a tus insinuaciones..."

Julia.—Si digo que no puedo tutearle todavía.

Enrique.—No comprendo...

Julia.—Ahí tienes lo que son las cosas: éste está rabiando porque le tutee, y tú rabias porque te tuteo. ¡Cualquiera os entiende a los hombres!

Enrique.—Como usted quiera. (*Dicta.*) "No puedo resistir por más tiempo a las insinuaciones de usted."

Julia.—Eso es. Es decir, eso no es; pero eso es.

Enrique.—"Venga usted a verme esta noche..." Dígale dónde vive.

Julia.—(*Que ha seguido escribiendo.*) Ya está. "Calle de las Minas, número 13."

Enrique.—Y, ahora, esta postdata: "Por si acaso, no estaría demás que enviase usted a mi marido a girar una visita de inspección."

Julia.—(*Que escribe, se interrumpe.*) Inspección, ¿se escribe con hache?

Enrique.—No; pero póngala, que resulta más verosímil. Casi todas las mujeres infieles escriben sin ortografía. (*Julia ha concluído.*) Bueno, y ahora, el sobre. Desfigurando bien la letra, para que no la conozca yo.

Julia.—(*Que cierra el sobre y se levanta.*) Luego, yo organizaré una cena, en la que haya algunos platos fuertes. *Consommé* de sonrisas... Palabrería en salsa picante... Descote a la tropical... Gestos variados... En fin, lo que se llama una cena "de ascenso".

Enrique.—(*Muy contento.*) ¡Bravo! Si esto es así, mañana le doy a usted...

Julia.—(*Interrumpiéndole con zalamería burlona.*) ¿Un beso?
Enrique.—¡Qué un beso!... Un premio extraordinario.
Julia.—(*Gimoteando en broma y en crescendo.*) ¡Eso es una ofensa! ¡Yo no quiero premios! ¡Yo no puedo consentir que se me trate de ese modo!
Enrique. — (*Apuradísimo y mandándola callar.*) ¡Chist!... ¡Que el Director va a llegar de un momento a otro!
Julia.—(*Gritando.*) ¿Y a mí que me importa?
Enrique.—A usted, nada; pero a mí, mucho.
Julia.—¡Que no quieres besarme!... (*Transición.*) Vaya, ¿me pagas diez duros por cada beso que me vas a dar?
Enrique.—¡Bah! Y también veinte.
Julia.—¿Veinte? Pues trato hecho.
Enrique.—Trato hecho. (*Se estrechan las manos.*)

(*Doña Patricia, que ha entrado hace un instante por el foro derecha, al oír las voces, acércase a escuchar junto a la puerta divisoria.*)

Julia.—(*Lloriqueando cómicamente.*) ¿Enriquito?...
Enrique.—(*Impaciente.*) ¿Quée...?
Julia.—¡Anda!... ¡Uno chiquitín nada más!
Patricia.—(*Escuchando.*) ¿Eh?...
Enrique.—(*Que pierde la paciencia.*) He dicho que no quiero, ea, y basta ya de tonterías, que puede llegar el Director.
Patricia.—¿Cómo?...
Julia.—(*Gimoteando.*) Bueno... Ya me voy... Pero esto de que tu mujer no pueda darte un beso me parece una crueldad.
Enrique.—(*Que pasea nervioso.*) ¡Vaya por Dios!
Julia.—(*Con enfado burlón.*) ¡Eres un monstruo!
Enrique.—Un monstruo de paciencia.

(*Doña Patricia abre de pronto la puerta divisoria y sorprende a Julia y a Enrique. A éste le hace la misma gracia que si le cortaran el pelo con un sable. En cambio, "la Castiza" no suelta el trapo, porque lo está apretando con los dientes.*)

Julia.—(*Conteniendo la risa al apreciar la situación. Aparte.*) ¡Anda, morena!...
Enrique.—(*Aparte.*) ¡Dominó!
Patricia.—(*Decidiéndose a romper un trance tan embarazoso.*) Ustedes perdonen...
Enrique.—(*Afrontando el peligro.*) Permítame que le presente... Mi... mi mujer. Doña Patricia, la señora del Director. (*Salúdanse las dos con una reverencia.*)
Patricia.—(*Amable.*) Amigo Paredes: le felicito a

usted. Es para estar contento y orgulloso; su esposa es un encanto.

Julia.—(*Con fingida modestia.*) ¡Por Dios, doña Patricia!...

Patricia.—Ya está dicho: un encanto. Y me extraña muchísimo que se negara usted hace un instante a besar una cara tan bonita.

Enrique.—(*Aparte.*) ¡Atiza!

Julia.—(*Aparte a Enrique.*) ¡Te la has *ganao!*

Patricia.—(*A Enrique.*) ¿Qué es eso? ¿Calla usted? ¿No tiene nada que decir?

Enrique.—(*Muy confuso.*) Yo... con su permiso voy a abrir el correo... (*Se sienta en su sillón.*)

Julia.—(*Lloriqueando.*) ¿Lo ve usted, señora?... ¡No puede verme ni en pintura!

Enrique.—(*Aparte.*) ¡Yo voy a ahogar a esta mujer!

Patricia.—Vamos, Enrique...

Enrique.—(*Aparte.*) ¡Y a esta otra le voy a dar un tiro!

Julia.—¡Quince días que llevamos así!...

Patricia.—(*Tomando por un brazo a Enrique.*) Vaya, fuera disgustos y a hacer las paces ahora mismo. Déle usted un beso a su mujer. (*Les aproxima. Julia pone la cara junto a la boca del secretario.*) Vamos, Enrique...

Enrique.—(*Le da un beso y le dice aparte.*) Ya lo pagará usted...

Julia.—(*Aparte a Enrique.*) ¡Quiá! Lo que haré es cobrarlo.

Patricia.—(*Satisfecha.*) Así, muy bien.

Julia.—(*Haciendo pucheros.*) Pero es que, uno, es muy poco en quince días.

Patricia.—Tiene razón la infeliz. Déle usted tres o cuatro... (*Les aproxima nuevamente.*)

Enrique.—(*Aparte.*) ¡Tres o cuatro cachetes! (*Besándola ligeramente.*) Dos... y tres.

Julia.—(*Bajo a Enrique.*) Trescientas pesetas. Mañana te pasaré la cuenta. (*A doña Patricia.*) Muchas gracias, señora.

Patricia.—¡Ay, no saben ustedes lo que me gusta ver un matrimonio enamorado! ¡La dicha conyugal dura tan poco!... Todos los hombres son unos bandidos... y usted perdone, amigo Paredes.

Julia.—Enrique no es un bandido. (*Ingenua.*) ¿Verdad, monín, que tú no eres así?

Patricia.—Su marido de usted es joven todavía; pero, cuando llegue a cierta edad, hará como todos: se irá al Kursaal a distraerse.

Julia.—(*Fingiendo siempre ingenuidad, hasta el fin de esta escena.*) ¿El Kursaal?... ¿Y qué es eso?

Patricia.—¡Ay, hija mía! Por ahora no necesita usted saberlo. Tiempo tendrá... Ya se le cruzará por el camino alguna Julia "la Castiza"...

Julia.—¿La Castiza?... (*Echándole los brazos al cuello, muy mimosa.*) ¿Verdad que tú no buscas distracciones fuera de tu mujer? ¿Verdad que para ti no hay en el mundo más Julia "la Castiza" que yo?

Enrique.—(*A doña Patricia.*) ¿Ve usted? Esto que acaba de decir son dos verdades como dos monumentos.

Julia.—Pues claro. Y ahora debías darme otro besito, y, en vez de dos verdades, serían cuatrocientas.

Enrique.—No, no; basta de besos; porque luego me resultan muy caros.

Patricia.—(*A Enrique.*) ¿Y no se le cae a usted la baba ante la inocencia de esta criatura? De fijo que no la hay más ingenua.

Julia.—Eso es lo malo, ¿sabe usted?, que a mi marido le debo resultar un poco ñoña. Como he salido de un convento para casarme...

Patricia.—¡Ah, sí! ¿De cuál?

Julia.—Del de las madres... "kursalinas..."

Enrique.—(*Aparte.*) ¡Atiza!

Patricia.—No conozco esa orden.

Enrique.—Es nueva.

Patricia.—(*A Julia.*) Pues nada; su carácter me ha cautivado y tenemos que ser muy amigas.

Enrique.—(*Aparte.*) ¡María Santísima!

Julia.—(*Con una inclinación.*) Señora directora...

Patricia.—¿Tiene usted algo que hacer por las tardes?

Enrique.—(*Vivamente.*) Mucho. (*A Julia.*) ¿Verdad que sí?

Julia.—Según... Cuando no tengo ensayo... (*Brindándole esta frase a Enrique y gozándose en verle apurado.*)

Patricia.—(*Sin comprender.*) ¿Ensayo?

Julia.—Claro.

Enrique.—(*Turbado y rápido.*) ¿Sabe usted?... Se refiere...

Julia.—(*Con gran aplomo y naturalidad.*) A la Salve que estamos ensayando para cantarla en las "kursalinas".

Patricia.—¡Ah! ¿Con que usted canta?

Julia.—(*Con modestia.*) Sí, señora. Y bailo. (*Alzando una pierna.*)

Patricia.—Lo dicho, Paredes: tiene usted una alhaja por mujer.

Enrique.—(*Aparte.*) ¡No lo sabes tú bien!

Patricia.—(*A Julia.*) ¿Usted sale o se queda?

Julia.—Lo que mande Enriquito.

Enrique.—Por mí...

Patricia.—Pues, ea, vámonos.

Julia.—Adiós, esposo mío. (*Marca el mutis con un

paso de baile, sin ser vista por doña Patricia, que va delantc.)

Patricia.—(*Abre la puerta del foro izquierda y se vuelve con amabilidad a Julia.*) Pase la mujer más inocente que he visto en mi vida.

Julia.—(*Con intcnción y cortesía.*) Después de usted, señora directora; después de usted. (*Vase doña Patricia; Julia le hace una mueca burlona a Enrique y se marcha bailando.*)

Enrique.—(*Como quien, a punto de ahogarse, sale a flote.*) ¡Uf! (*Se deja caer sobre su sillón y se dispone a trabajar.*) Y esta suma, esperándome. Pues sí que me están hoy poniendo la cabeza para sumas. (*Sumando.*) Cinco y nueve, diez y seis, y seis, veintiuna... y tres, veinticinco.

(*García entra por el foro derecha y mantiene abierta la mampara hasta que ha entrado también el finchadísimo señor don Próspero de Cienfuegos, director de la Compañía del Ferrocarril Peninsular. Recoge el ordenanza su bastón y sombrcro; cuelga éste en la percha; deja aquél apoyado en un rincón y hace mutis por donde vino.*

El señor de Cienfuegos se atusa el bigote, se acaricia la corbata, se saca los puños y va a sentarse en su sillón para trabajar un ratito, como los buenos. Este varón ilustre defiende con bravura sus cincucnta y cinco años y no pierde jamás su seriedad de burro ni su pedantería. Es uno de esos séres que se escuchan cuando hablan y que hablan muy despacio, con la voz entubada y la mirada soñadora. Por su constante engalladura es de esos hombres de quicnes se dice que "se han tragado el molinillo de la chocolatera". Fuma puro, usa lentes y viste un terno de chaquet. ¡Ah!, y aunque él cree que no se le conoce, han de saber ustcdes que se tiñe de negro los mostachos y las contadas hebras que aún conserva sobre el meollo. Cuando el bueno de Enrique ha comenzado nuevamente su endemoniada suma, el señor director hace sonar el timbre de su mesa.)

... ¡Vaya! El director, aquí, y la suma en la higuera. (*Coge la cartera con el corrco, mete en ella la carta de Julia, se pone en pie y pasa al despacho de Cienfuegos.*) Buenos días, don Próspero. (*Deja la cartera en la mesa.*)

Cienfuegos.—¡Hola, mi querido amigo! (*Saca el correo.*) ¿Acaece algo inusitado? (*Examina las cartas y va leyendo algunas.*)

Enrique.—Nada de particular. (*Después de una pau-*

sa.) Me permito recordar a usted que continúa vacante la jefatura de la sección cuarta...

Cienfuegos.—Y usted la codicia, ¿no es así? (*Enrique hace un gesto que no se atreve a ser afirmativo.*) No se avergüence usted de confesarlo. Esa pretensión es muy noble, y... ¡quién sabe!, ¡quién sabe! Otros más brutos... Digo, otros, se encuentran en peores condiciones. Es usted joven, es activo... y eso depende de...

Enrique.—(*Aparte.*) ¡Te veo! (*Alto.*) Yo..., ¿sabe usted? Si tengo aspiraciones es por mi mujercita. Todo me parece poco para ella. ¡Es tan buena, la pobre!...

Cienfuegos.—En efecto: su esposa es de un gran atractivo.

Enrique.—Me quiere con locura.

Cienfuegos.—Sí, ¿eh? (*Aparte.*) ¡No sospecha nada! (*Alto.*) Mucho me place que tenga usted tal fe en su compañera. Así, no hiere el monstruo de los celos.

Enrique.—¿Celos? ¡Pobre Blanquita! Mi cabeza responde de su fidelidad.

Cienfuegos.—Amigo Paredes, pierde usted la cabeza.

Enrique.—¿Cómo?

Cienfuegos.—Que hablando de su consorte se olvida usted de recoger el cartapacio.

Enrique.—¡Ah, sí! Usted perdone. (*Recoge la cartera con que trajo el correo.*)

Cienfuegos.—(*Aparte.*) Decididamente es un idiota. (*Coge la carta escrita antes por Julia.*)

Enrique.—Esa carta la trajeron hace un momento, diciendo que era urgente.

Cienfuegos.—(*La abre y comienza a leerla. Aparte.*) ¡De su mujer! (*Sigue leyendo.*)

Enrique.—(*Aparte.*) ¡Ah, tiburón, que bien estás mordiendo el anzuelo!

Cienfuegos.—(*Termina de leer y se guarda la carta.*) Con que ¿desea usted desempeñar la jefatura de la sección cuarta, que se halla vacante?

Enrique.—(*Rápido.*) ¿Me la va usted a conceder? ¿Me permite que me desmaye?

Cienfuegos.—Despacio... despacio... Se trata únicamente de procurarle una ocasión para conquistar ese puesto.

Enrique.—Ya está. ¿Qué debo hacer?

Cienfuegos.—Esta misma tarde saldrá usted para Burgos a inspeccionar aquella estación.

Enrique.—Perfectamente.

Cienfuegos.—Una visita detenida, ¿eh? La caja... los libros... todo. Y muy despacio. No se dé usted prisa en regresar.

Enrique.—(*Aparte.*) ¡Ah, gran canalla!

Cienfuegos.—Y cuando hubiere dado cima a su

cometido, si tiene usted algún amigo en Burgos, puede pasar con él los meses... digo los días, que necesite para descansar. Aquella población es muy sana... Hay un queso exquisito... La Catedral merece verse... El "Papamoscas"...

Enrique.—(*Aparte.*) ¡Al "Papamoscas", lo estoy viendo yo aquí!

Cienfuegos.—Y, a la vuelta, se hablará del ascenso.

Enrique.—Muchas gracias, don Próspero. ¿Desea usted algo más?

Cienfuegos.—Nada, mi querido amigo. (*Enrique pasa a su despacho.*) ¡Completamente idiota! (*Saca de nuevo la carta de Julia y la vuelve a leer con fruición.*) "Mi querido chatito... No puedo... Venga usted esta noche... Minas, 13..." (*Besa la carta apasionadamente.*)

Enrique.—(*Mientras tanto, ha dado unos pasos frotándose las manos contentísimo.*) ¡Admirable! ¡Esto va de veras!...

Cienfuegos.—(*Muy contento y frotándose las manos.*) ¡Admirable! ¡Esto va de veras! (*Guarda la carta en el bolsillo.*)

Enrique—Y ahora a escribirle a mi mujer. (*Se sienta.*)

Cienfuegos.—¿Y qué le digo yo a mi mujer?

Enrique.—Así. (*Tomando la pluma.*)

Cienfuegos.—¡Ah, sí! (*Idem.*)

Enrique.—(*Escribiendo.*) "Querida Blanquita..."

Cienfuegos.—(*Idem.*) "Querida Patricia..."

Enrique.—"por asuntos del servicio..."

Cienfuegos.—"...por asuntos del servicio..."

Enrique.—"...salgo hoy para Burgos..."

Cienfuegos.—"...salgo hoy para... (*Después de pensarlo un instante.*) Burgos".

Enrique.—"... Haz el favor..."

Cienfuegos.—"...Haz el favor... de enviarme la maleta".

Enrique.—"... de enviarme la maleta..."

Cienfuegos.—"...Próspero". (*Llama al timbre, cierra la carta y escribe el sobre.*)

Enrique.—"... Enrique" (*Idem, ídem ídem.*)

García.—(*Por el foro derecha.*) ¿Llamaba usted?

Cienfuegos.—Que lleven en seguida esta carta a mi casa. (*Se la da.*)

García.—(*Que toma la carta y pasa con ella al despacho de Enrique.*) ¿Llamaba usted?

Enrique.—Que lleven en seguida esta carta a mi casa. (*Se la da.*)

García.—(*Tomándola y marcando el mutis por el foro izquierda. Aparte.*) Pues, señor, juraría que los dos me han dicho lo mismo. (*Mutis.*)

Cienfuegos.—(*Que se ha levantado.*) Y ahora vamos

a encargar una cena digna de Lúculo. (*Toma el sombrero y el bastón y vase por el foro.*)

Enrique.—Y, ahora, vamos a acabar esta suma. (*Reanuda su labor.*) "Cinco y nueve, diez y seis..." (*Transición.*) ¡La verdad es que soy un tío preparándome el porvenir!... (*Trabaja.*) "Cinco y nueve, diez y seis... y seis... veintiuna..." (*Transición.*) Esta tarde, a Burgos, y, en seguida, ascendido. (*Trabaja.*) "Cinco y nueve, diez y seis... y seis..." (*Transición.*) ¡Me está saliendo todo a pedir de boca...! ¡Todo!... Bueno, menos esta suma, que voy a tener que dejársela en el testamento a mi sucesor. (*Trabaja.*) "Cinco y nueve..."

García.—(*En el foro izquierda.*) Don Enrique: un paleto que dice que se llama el señor Antón.

Enrique.—¡Mi suegro!... Que pase. (*Se levanta con extrañeza y alegría.*)

Antón.—(*Agricultor aragonés que tiene cincuenta y cinco años y un capitalito decente. Viste pantalón largo, chaqueta y chaleco negros y faja ancha, morada, por encima del chaleco. Empuña una vara de fresno; calza botas negras, ordinarias, y cubre su cabeza con un pañuelo oscuro, a lo baturro, y un sombrero negro, pavero. Va sin corbata y completamente afeitado y habla con fuerte acento de su tierra.*) ¿Qué hay, *mañico*?

Enrique.—¡Suegro de mi alma! (*Se abrazan. García, vase foro.*)

Antón.—Oye, tú: que a mí no me *tiés* que poner motes. *U* me llamas padre, como es lo regular. *u* me llamas señor Antón, como me *icen* en el pueblo.

Enrique.—Bueno; pues le llamaré a usted las dos cosas: padre Antón.

Antón.—¡Rediez! Eso está *pior; puice* cosa de frailes!

Enrique.—¿Y qué sorpresa es esta?

Antón.—¡Otra! ¿*Cuála* va a ser? *Na* más que una *vesita.* Va *pa* tres meses que no *hi* visto a mi hija, y, como no tengo otra, ni *m'había separao nunca* de ella hasta que *sus* casásteis...

Enrique.—¡Muy bien! ¡Lo que se va a alegrar!... Porque supongo que no habrá usted estado en casa todavía.

Antón.—*¡Quí d'estar!* Si vengo *áura mesmo* de la estación...

Enrique.—Y no ha podido usted venir más oportunamente.

Antón.—¿Pues? (*Alarmado.*) ¿Qué ocurre? ¿Está mala?...

Enrique.—No hombre, no; está magnífica. Lo que pasa es que tengo que irme a Burgos esta tarde, por un asunto del servicio, y es posible que permanezca allí dos o tres días.

Antón.—(*Contrariado.*) *¡Tamién* es mala pata!
Enrique.—De esa manera acompaña usted a Blanquita.
Antón.—Mejor *hubiá* querido *acompañarsus* a los dos; pero ¡qué vas a *hacéle!*
Enrique.—Cuando vaya usted a casa, dígale que iré luego a despedirme.
Antón.—Pues *aura mesmo* voy y allá te aguardamos.
Enrique.—(*Abrazándole.*) Hasta luego, papá.
Antón.—(*Riendo.*) ¿Papá?... Vaya, chico, déjate de finuras, que con esta chistera (*por su sombrero*), esta levita (*su chaqueta*) y este *bastoncico* de *gobernaor,* no van bien esas mostilladas. (*Mutis por foro.*)
Enrique.—(*Sonriendo.*) Bueno. (*Se sienta a su mesa.*) Y a ver si me dejan tranquilo dos minutos. (*Trabaja.*) "Cinco y nueve, diez y seis... y seis, veintiuna... y tres...
García.—(*Que aparece por el foro izquierda.*) Un amigo de usted, que no me da su nombre, y se empeña en pasar...
Enrique.—(*Nervioso.*) ¡Nada, que hoy no se suman aquí más que visitas!
Paco.—(*Que aparece en el foro y es un madrileño de la más pura cepa, con treinta años en la cédula personal y un "casticismo" de señorito chulo, que le rezuma hasta por las orejas.*) ¡A ver si voy a tener yo que tomar papeleta *pa* ver a éste!
Enrique.—(*Con alegre sorpresa.*) ¡Querido Pacorro...! (*Se abrazan.*)
Paco.—(*A García.*) Ya ve *usté* que hay confianza. Con que puede "ahuecar" a sus habitaciones.
(*Váse García por el foro.*)
Enrique.—(*Riendo.*) ¡Siempre el mismo!
Paco.—¡*Camará,* si es que se me debe haber *pegao* el aire de provincias! ¡No hay portero que no me eche el alto!
Enrique.—Pero ¿de dónde sales?
Paco.—¿Que de dónde salgo?... ¡Una tontería!... ¡De Huesca!...
Enrique.—(*Extrañado.*) ¿De Huesca?
Paco.—¡Pero tú estás en Babia! ¿No sabes que me dieron un destino...
Enrique.—Y que te trasladaron a Huesca. Sí, hombre, sí. Perdona; pero es que estoy llevando un día...
Paco.—¡Bien, Enriquillo! ¡Las ganas que tenía de verte!
Enrique.—Y qué; ¿piensas estarte mucho tiempo en Madrid?
Paco.—Un mesecito solo. Pero eso, sí, que yo le saco el jugo, creo que no te cabe la menor.

Enrique.—¿Treinta días de juerga?
Paco.—¡A ver qué vida!... Lo que siento es que no querrás acompañarme.
Enrique.—¡Hombre!...
Paco.—No, ya sé que no es por falta de ganas; pero en los primeros meses de matrimonio hay que cubrir las apariencias. ¿Verdad, *so* caña?... (*Le da un papirotazo.*)
Enrique.—(*Sonriente.*) Los deberes del cargo...
Paco.—Qué le vamos a hacer. Me divertiré solo.
Enrique.—(*Con intención.*) ¿Solo?... Permíteme que no lo crea.
Paco.—Bueno... solo... hasta las nueve de esta noche.
Enrique.—¡Hola! ¿Ya cayó pieza?
Paco.—(*Quitándole importancia.*) Un entremés. Un recuerdillo de mis últimos días de Madrid.
Enrique.—¿Guapa?
Paco.—Congestionante nada más.
Enrique.—¿Artista?
Paco.—Y de las buenas. La encontré hace un momento y me dijo: "No estoy libre; pero vente hoy a cenar conmigo, que yo venceré todos los inconvenientes". Esa se ríe siempre de los inconvenientes.
García.—(*Por el foro izquierda.*) Dispense usted, don Enrique: dos palabras.
Paco.—(*Cantando.*) "... sólo dos palabras..." (*Se separa discretamente.*)
Enrique.—(*A Paco.*) Con tu permiso.
Paco.—Sí, hombre, sí.
Enrique.—(*A García.*) ¿Qué ocurre?
García.—(*Bajando la voz.*) "La Castiza" está ahí fuera otra vez.
Enrique.—(*Idem.*) ¡Demonio! ¿Y el Director?
García.—Se fué hace rato.
Paco.—¿Estorbo?
Enrique.—No, no; de ningún modo; pero si me hicieras el favor de pasar un momento a este despacho... (*Abriendo la mampara divisoria.*)
Paco.—Luego sí estorbo; ya ves tú. (*Pasa a la derecha.*)
Enrique.—Perdona...
Paco.—¡Vamos, hombre! (*Se sienta en el sillón de don Próspero, toma un cigarro de la caja, lo enciende y se pone a leer un periódico.*)
Enrique.—(*A Julia, que aparece en el foro izquierda, por donde hace mutis el ordenanza.*) Me sorprende muchísimo...
Julia.—Pues más va a sorprenderte el saber que no puedo recibir hoy a don Próspero de Cienfuegos. (*Remedando el empaque y el modo de hablar del Director.*)

Enrique.—¿Por qué?
Julia.—Porque ha surgido un pequeño inconveniente. Al escribir antes la carta, olvidé la subasta que tenía anunciada para hoy en mi casa...
Enrique.—¿La subasta?
Julia.—Sí, hombre; si te lo dije.
Enrique.—Y, aunque así sea, ¿eso qué importa? Para las ocho ha terminado usted. Nada, nada, esta noche se debe realizar la operación definitiva.
Julia.—Justo: como en la guerra. Pero eso no es posible; porque el general en jefe, que soy yo, está herido.
Enrique.—¿Herido?
Julia.—Sí, por un "paco". (*Paco, buscando cómoda postura, planta sus pies sobre la mesa.*)
Enrique.—Bueno basta de bromas. Es preciso, es indispensable que vea usted hoy mismo al Director, porque sinó, se lleva el diablo mi proyecto.
Julia.—(*Después de pensar un instante.*) Conforme; le veré; pero ahora.
Enrique.—Ahora, no está.
Julia.—Esperaré a que venga.
Enrique.—Si, además, es inútil... ¿Qué va usted a hacer en la oficina?
Julia.—Tú, déjate; que las mujeres sabemos siempre lo que hacemos. Yo le convenceré con mis palabras y le atontaré aún más de lo que está. Pero márchate tú.
Cienfuegos.—(*Por el foro derecha y de espaldas al público.*) García, no deje entrar a nadie en mi despacho.
Enrique.—Ahí está. } (*Muy rápido.*)
Julia.—Vete. }
Cienfuegos.—Quiero trabajar sin que se me importune.
Enrique.—(*Que ha cogido el sombrero, dice en voz baja a Julia.*) La dejo entonces. Usted me ha despedido; ¿me comprende?
Julia.—(*Con ademán solemne.*) ¡Tú serás jefe de sección!

(*Váse Enrique por el foro izquierda. Julia saca un espejito de su bolso y una caja de polvos, y se acicala con coquetería en un rincón del foro.*)

Cienfuegos.—(*Que después de dejar su bastón y colocar su sombrero, ve a Paco "desleído" en sus muebles.*) Señor mío, ¿puedo saber...?
Paco.—(*Con naturalidad y sin abandonar su actitud.*) No, si yo tampoco soy de la casa. Pregúntele *usté* al ordenanza.
Cienfuegos.—(*Malhumorado.*) No tengo que pregun-

tar a nadie más que a usted. ¿Qué es lo que busca en mi despacho?

Paco.—(*Levantándose y descubriéndose.*) Eso ya es otra cosa. Usted dispense. Mi amigo Paredes me metió aquí porque tenía una visita...

Cienfuegos.—Su amigo Paredes no tiene por qué alojar a nadie en mi departamento.

Paco.—(*Aparte.*) ¡Ay, qué tío!

Cienfuegos.—Y voy a repetírselo yo mismo. (*Pasa al despacho de la izquierda.*)

Enrique.—(*Asomando por el foro derecha.*) Anda Paco; vente a tomar una cerveza.

Paco.—Sí, hombre. Por no ver a ese *gachó*... (*Por Cienfuegos. Váse con Enrique, precipitadamente, por el foro derecha.*)

Cienfuegos.—(*Sorprendido al no encontrar a Enrique.*) ¡Pero, calle, no está! (*Va a volverse a su despacho.*)

Julia.—(*Desde un rinconcito y con voz zalamera.*) ¿A quién buscaba usted?

Cienfuegos.—¿Cómo...? (*Se vuelve y ve a Julia.*) ¡Ah! ¿Es usted, señora? (*Se va hacia ella "como va sorbido al mar ese río".*) ¡Qué agradable sorpresa! (*Le toma una mano, que ella le abandona con fingido rubor.*)

Julia.—¡Y qué furioso ha entrado usted aquí! Parecía un león.

Cienfuegos.—Bah, qué más da, si el león pone un beso en la mano de su domadora. (*Lo hace.*)

Julia.—¡Ay! Pero a mí me dan mucho miedo las fieras.

Cienfuegos.—Más me amedrentan a mí los ángeles.

Julia.—¡Hijo, ni que fuera usted Satanás! (*Avanza hacia el proscenio.*)

Cienfuegos.—(*Siempre junto a ella.*) Seductora Blanquita: estoy contando los minutos que faltan para nuestra entrevista nocherniega.

Julia.—Pues... lo siento en el alma; pero hoy es imposible.

Cienfuegos.—¿Cómo imposible?... No; eso será una broma...

Julia.—Le hablo en serio.

Cienfuegos.—Pero, ¿y este mensaje? (*Sacando la carta de Julia.*) ¿Y yo, que tengo todo preparado maravillosamente?... No, no; no puede ser.

Julia.—Repito que lo siento; pero, una vez escrito ese mensaje, he recibido de provincias una visita inesperada... Un pariente... El suegro de Enrique ...

Cienfuegos.—¿El suegro de Enrique?

Julia.—Justamente.

Cienfuegos.—Pero ese buen señor tiene que ser padre de usted.
Julia.—(*Riendo, con alguna turbación.*) Pues claro que lo es... Mi papaíto. Es que yo, por hacerle rabiar, ¿sabe usted?, le llamo siempre "el suegro de mi marido".
Cienfuegos.—(*Forzando una sonrisa.*) ¡Es usted muy donosa!
Julia.—Acabo de separarme de él, para decírselo a usted personalmente y darle, al menos, esta compensación.
Cienfuegos.—Si no hay otro remedio, habré de conformarme con tal adversidad. (*Le besa la mano.*) Pero, ¿y su marido de usted?, mejor dicho, ¿y el yerno de su padre?, como yo le denominaría.
Julia.—(*Riendo.*) Eso es. También usted es donoso. Pues el yerno de mi padre anda por ahí, con el marido de mi madre. (*Ríen los dos.*) El pobrecillo no sospecha nada.
Cienfuegos.—Absolutamente. Es un completo idio... ¡ejém!, idólatra de usted... y el resplandor de esa hermosura le ciega.
Julia.—(*Bajando los ojos pudorosamente.*) Pues él a mí... no sé; pero voy observando que apenas me interesa.
Cienfuegos.—(*Radiante.*) ¡Oh! ¿Será por ventura que empieza usted a amarme?... ¡Qué gran felicidad, verme yo amado por una esposa que no es la mía! (*Trata de abrazarla el muy sinvergüenza; pero ella le detiene.*)
Julia.—¡Por Dios, don Próspero!...
Cienfuegos.—¿Qué es eso de don Próspero? Yo quiero más confianza. Llámame Prosperito. (*Repite el ataque.*)
Julia.—(*Rechazando la ofensiva.*) Pues bien, Prosperito, modere su accionado, porque si entra cualquiera...
Antón.—(*Por el foro derecha.*) Me *paice qu'és poaquí.*
Cienfuegos.—Podemos cerrar. (*Echa el gancho en la puerta del foro y vuelve a la faena.*)
Antón.—(*Confuso.*) Pero la mesa estaba *ancia estotro lau.*
Julia.—¿Y esa otra? (*Indicando la puerta divisoria y parapetándose tras de una silla.*)
Cienfuegos.—Por ese flanco no puede sorprendernos nadie. (*Aparta la silla protectora y acomete de nuevo.*)
Antón.—Bueno, alguno vendrá. (*Sacude un par de varazos sobre la mesa del Director.*)
Julia.—(*Sobresaltada y después de una pausa.*) Pues por ese flanco, me parece que llaman.
Cienfuegos.—Ah, sí; se me había olvidado. Es

un amigo de su esposo de usted. Voy a arrojarle. (*Pasa a su despacho.*)

Antón.—(*Al ver que entra Cienfuegos.*) ¡Gracias a Dios!

Cienfuegos.—(*Aparte.*) ¡Pues es otro! (*Malhumorado.*) ¿Qué desea?

Antón.—*Usté* disimule... Yo no sé si *mi equivocau.* Buscaba a D. Enrique Paredes.

Cienfuegos.—Don Enrique Paredes ha salido.

Antón.—Bueno. Le esperaré. (*Se sienta.*)

Cienfuegos.—(*Impaciente.*) Señor mío: este es mi despacho y yo soy el Director.

Antón.—(*Levantándose.*) Lo celebro tanto. Ceferino Antón, *pa sirvile.* (*Le ofrece la mano.*)

Cienfuegos.—(*Sin tomarla.*) En el vestíbulo puede esperar a don Enrique. (*Indicándole la puerta del foro.*)

Antón.—Bueno, bueno. (*Se dirige, cachazudo y mohíno, a la puerta.*)

Cienfuegos.—(*Al ver que se marcha, pasa de nuevo al despacho de Enrique.*) ¡Pues, hombre! ¡Y va de intrusos!

(*Pero el señor Antón, que llega hasta la puerta, hace con los hombros un ademán, como diciendo: "Bueno, pues no me da la gana de marcharme", y vuelve a sentarse en la silla que hay junto a la mesa.*)

Julia.—¿Se ha ido ya?

Cienfuegos.—Sí, le he despedido. Es un tal Ceferino. Un hombre tosco y ordinario. ¿Le conoce usted?

Julia.—Es la primera vez que oigo ese nombre.

Cienfuegos.—(*Meloso.*) Ea, y ya estamos solos. (*Le coge una mano y se la besa.*) ¡Solos! ¡Qué inefable deleite es para mí el encontrarme a solas con el bien amado! ¡Es la hora del éxtasis! (*Otro beso.*)

Julia.—Menos cuarto.

Cienfuegos.—¿Cómo?

Julia.—Que... aquí, en la oficina, nos van a machacar el éxtasis en cuanto nos descuidemos.

Cienfuegos.—No tema usted, Blanquita, que nadie ha de venir... (*Plantea otro abrazo.*)

Julia.—Pero ¿está usted seguro de que no hay nadie en ese... flanco? (*Por la derecha.*)

Cienfuegos.—Va usted a cerciorarse por sí misma. (*Abre la mampara divisoria; hace un ademán para apartar a Julia, y pasa furioso a su despacho.*) ¡Ira de Dios! ¿Todavía no se ha marchado usted?

Antón.—¡Toma! Si *m'hubiá marchau*, no estaría aquí.

Cienfuegos.—Pues es preciso que se marche. Esto no es una sala de espera.

Antón.—Cuando me diga *usté ande* está el despacho de mi yerno.
Cienfuegos.—¿Y qué obligación tengo yo de saber quién es su yerno?
Antón.—¡Otra!... ¿No le he dicho *endenantes* que es don Enrique Paredes?
Cienfuegos.—¡Eh!... (*Dulcificando el tono.*) Luego usted es el padre de Blanquita?
Antón.—(*Levantándose.*) Por muchos años.
Cienfuegos.—Noticia es esta para mí que me colma de júbilo. Siéntese, siéntese y dispense un momento... (*Pasa al otro despacho.*)
Julia.—¿Echó usted a ese pelmazo?
Cienfuegos.—Pero si ese pelmazo... ¡es su padre de usted!
Julia.—¿Cómo?
Cienfuegos.—Don Ceferino Antón.
Julia.—¡Anda, pues es verdad!... ¡Mi papaíto!... ¡El suegro de mi marido!...
Cienfuegos.—Claro está.
Julia.—¡Ay, Próspero! ¿Ve usted? ¡Esta pasión que usted me inspira, empieza a trastornarme. (*Como sintiendo un desvanecimiento.*)
Cienfuegos.—¡Pobre niña! (*La sostiene y la acaricia la barbilla.*)
Julia.—(*Recobrándose.*) ¡Por Dios, váyase usted con él! ¡Mi situación es muy comprometida!
Cienfuegos.—Ciertamente. Esperemos de nuevo. (*Pasa otra vez a su despacho.*) ¡Bravo, señor Antón! (*Toma una silla y se sienta junto a él.*)
Julia.—(*Después de atisbar por la mirilla.*) ¿Con que el señor Antón es mi padre? Pues hay que "ahuecar" inmediatamente. (*Mutis rápido foro izquierda.*)
Cienfuegos.—(*Dándole una cariñosa palmadita en el muslo.*) Y ¿cuándo ha venido?
Antón.—Hace un rato. (*Le sacude un recio manotazo en el muslo.*) Ya estuve aquí *endenantes* con mi yerno; pero me llegué un momentico a su casa... aquí cerca... en la calle de Peligros...
Cienfuegos.—(*Toma el asiento de su silla con ambas manos, y se coloca frente a Ceferino.*) ¡Pero si el señor Paredes vive en la calle de las Minas!...
Antón.—(*Imitándole.*) El señor Paredes vive en la calle de Peligros.
Cienfuegos.—(*Posando suavemente sus manos sobre los hombros del baturro.*) Usted dispense: en la calle de las Minas, número trece.
Antón.—(*Dejando caer sus manazas sobre las clavículas de Cienfuegos.*) *Usté* disimule. En la calle de Peligros, número *deciocho.*
Cienfuegos.—(*Volviendo a tomar la silla como antes, sin dejar la actitud de sodente, y quedando otra*

vez frente al público.) ¡Si sabré yo dónde habita mi secretario!

Antón.—(*Que hace lo mismo.*) ¡Si sabré yo *ande* vive *m'hija*!

Cienfuegos.—(*Levantando el dedo índice.*) ¡Minas, trece!

Antón.—(*Idem.*) ¡Peligros, *deciocho*!

Cienfuegos.—(*Poniéndose en pie con impaciencia.*) ¡Ira de Dios! ¿No viene usted ahora de ver a su hija?

Antón.—(*Se levanta también.*) *D'allá* vengo; pero no la *hi encontrau* en casa.

Cienfuegos..—¡Naturalmente! ¡Como que la señora de Paredes se encuentra ahí, en el despacho de su esposo!

Antón.—¿Ahí?... (*Siguen discutiendo.*)

García.—(*Que entra por el foro izquierda y mantiene abierta la mampara hasta que pasa Blanca Antón, la ingenua y linda esposa de Paredes.*) Voy a ver si está por ahí don Enrique. (*Mutis foro.*)

Cienfuegos.—Ahora puede usted preguntarle dónde vive.

Antón.—¡*Rediela*! ¡Es *usté* más tozudo que yo! (*Pasa al despacho de Enrique.*)

Cienfuegos.—¡Qué terco es este gaznápiro!

Blanca.—(*Muy alegre al ver a Ceferino.*) ¡Padre...!

Antón.—¡*Mañica*! (*Se abrazan.*)

García.—(*Por el foro derecha, con unos pliegos.*) Esto han bajado de la inspección para que lo firmase usted lo antes posible.

Cienfuegos.—Venga. (*Ocupa el sillón y va examinando y firmando los pliegos, García, mientras tanto, coloca en su sitio la silla que tomó Cienfuegos.*)

Blanca.—Supe, al llegar a casa, que había usted estado allí y he venido escapada, suponiendo encontrarle con Enrique.

Antón.—(*Con aire misterioso.*) Oye, oye, a propósito: ¿estás tú *sastifecha* con la *conduta* de tu marido?

Blanca.—¿Por qué no? Contentísima. Pero ¿a qué viene esa pregunta?

Antón.—No; yo te lo *icía* porque el *diretor m'ha estau* porfiando que no vivís en la calle de Peligros, sino en la de no sé cuántos, número trece, y eso... es *mu* sospechoso.

Blanca.—Eso es una confusión del Director y nada más. ¿Cómo quiere usted que recuerde las señas de todos los empleados? (*Siguen hablando.*)

Cienfuegos.—(*Devolviendo los pliegos a García.*) Esto, a su procedencia, y en cuanto retornare don Enrique Paredes, que se persone aquí.

García.—(*Aparte.*) ¡Hay que ver qué bien habla!

Yo, algunas veces, no le entiendo. (*Vase con los pliegos por el foro derecha.*)
Antón.—Pues no sabes lo que *m'ha porfiau.*
Blanca.—Bah, no le haga usted caso.
Antón.—Pero si ha *sío cabezoná* suya, no se la *hi* de pasar, que si nos ponemos a cabezones, le paro yo con ésta (*su cabeza*) *tos* los trenes de la Compañía.
Blanca.—No hay que darle importancia. (*Siguen hablando y yéndose hacia el foro.*)
Enrique.—(*Entreabriendo la mampara del foro derecha.*) ¿Se puede?
Cienfuegos.—Adelante.
Enrique.—(*Aparte.*) ¿Qué habrá pasado? (*Alto.*) ¿Me llamaba?
Cienfuegos.—¿Dónde anda usted metido, hombre de Dios? ¿Usted sabe que Blanquita, su esposa, está esperándole? (*Indica la izquierda.*)
Enrique.—Sí, señor. Me pidió que tomase una butaca para Apolo.
Cienfuegos.—¡Ah! ¿Su esposa quiere ir a Apolo?
Enrique.—Ella, no; su padre, que se encuentra en Madrid...
Cienfuegos.—Lo sé. He tenido el placer de saludarle.
Enrique.—(*Asustado.*) ¿Pero... mi suegro. ha estado... aquí...?
Cienfuegos.—Y aún está en su despacho (*Indicándolo.*)
Enrique.—(*Cuyo temor aumenta.*) ¿Quién?... ¿Mi suegro... está... ahí...?
Cienfuegos.—Sí, hombre; ahí está con su esposa.
Enrique.—(*Turbadísimo.*) ¿Y sabe ya... que... que "esa"... es mi mujer?
Cienfuegos.—¿Cómo?
Enrique.—Quiero decir que... si sabe mi suegro que... que mi mujer es su hija.
Cienfuegos.—¿Pero qué diablos está usted diciendo?
Enrique.—Usted perdone... Son los nervios, que me están dando un día...
Cienfuegos.—¿Sí, eh? Pues a mí, que tengo mis puntas y ribetes de psicólogo, se me antoja que siente usted pavura de penetrar ahí.
Enrique.—(*Pugnando por serenarse.*) ¿Quién, yo? ¿Yo pavero... pavura de entrar en mi despacho?... ¿Por qué...? ¡Ja, ja!... Ninguna. (*Sin moverse ni mirar a la puerta divisoria.*)
Cienfuegos.—(*Autoritariamente y poniéndose en pie.*) Señor Paredes, le ordeno a usted que pase a su despacho.
Enrique.—Con mucho gusto. (*No se mueve.*)
Cienfuegos.—(*Imperioso.*) ¡Vamos!

Enrique.—Vamos. (*No se mueve. Al fin, obedece, aunque de mala gana. Aparte.*) Vamos a ver. (*Cruza la puerta y queda junto a ella en su despacho, sin atreverse a levantar los ojos del suelo y alzando el brazo izquierdo, como si aguardara algún golpe.*)

Blanca.—(*Muy contenta.*) ¡Enrique!...

Enrique.—(*Estupefacto.*) ¡Tú...! ¿Tú aquí?

Blanca.—Ya sé que me lo tienes prohibido; que no quieres que venga a la oficina; pero siendo esta la primera vez, me lo perdonarás. Llegó mi padre a casa, y como allí no había nadie, vine a buscarle aquí.

Enrique.—(*Mirando con recelo a todas partes.*) Bien, sí, mujer. Y... qué, ¿no has visto aquí nada de... particular?

Blanca.—...¿Qué querías que viera?

Enrique.—(*Tranquilizándose.*) No, no; no me hagas caso; es que estoy muy nervioso... Acabo de hablar con un loco, y claro, le he oído tantas incoherencias, que ya no sé lo que me digo.

Blanca.—¿Con un loco? ¡Ay, qué miedo!

Antón.—Y *¿ánde* estaba?

Enrique.—Que sé yo... En el portal.

Blanca.—Tranquilízate, hombre...

Enrique.—Además, se retrasa mi ascenso... El Director me separa de ti... (*Deja el sombrero sobre la mesa.*)

Blanca.—(*Muy triste.*) Sí, ya sé que te vas a Burgos esta tarde.

Enrique.—(*Contrariado.*) ¡Un viaje de placer!

(*Cienfuegos, durante esta escena, pasea en su despacho y se acerca de tiempo en tiempo a curiosear por la mirilla; pero cuantas veces lo intenta se encuentra con la cara del baturro pegada al cristal y contemplándole cómicamente.*)

Blanca.—¡Y yo, que he visto anunciada una subasta y quería que fuésemos juntos a ver si hay algo para nuestra casita!...

Enrique.—¿Subasta? ¿Quién me ha hablado hoy a mí de una subasta... ¡Ah, ya: el loco! Pues nada, no es posible. (*Cienfuegos se sienta en su sillón.*)

Blanca.—Bueno, ¿y qué he de ponerte en la maleta?

Enrique.—Lo que a tí se te ocurra. Para dos o tres días...

Antón.—(*A Blanca.*) Anda, vamos a casa, que yo te ayudaré. (*Va a pasar por la puerta divisoria; pero lo impide Enrique.*)

Enrique.—No, querido papá; la salida es aquélla. (*El foro.*)

Antón.—Ya, ya; es que *l'iba* a *dicir dos* palabricas ál *diretor,* que ese sí que está loco de remate.
Enrique.—(*Interponiéndose entre Antón y la mampara.*) ¡Imposible! Está muy ocupado. (*Va llevándole hacia la puerta del foro.*)
Antón.—(*Resignado.*) Bueno; pues hasta luego. (*Vase foro izquierda.*)
Blanca.—(*Que iba a salir tras el Sr. Antón, se detiene y mira a Enrique, muy melosa.*) Desde que nos hemos casado, es la primera vez que vas a separarte de mí. ¿Pensarás mucho en tu Blanquita?
Enrique.—A todas horas, cielo mío. (*Cuchichean amorosamente.*)
Antón.—(*Que aparece por el foro derecha.*) Que *cueste* que tenía yo razón. Peligros, *deciocho.*
Cienfuegos.—(*Descargando un puñetazo en la mesa.*) ¡No, y mil veces no!
Antón.—(*Dando un varazo en la mesa.*) Sí, y mil veces sí!
Cienfuegos.—(*Levantándose.*) ¡¡Minas, trece!!
Antón.—(*Arrimando su cara a la de Cienfuegos.*) ¡¡Peligros, *deciocho!!* (*Vase por el foro derecha, dando un portazo.*)
Cienfuegos.—(*Irritado.*) ¿Habrá un villano más contumaz?... Estuve por mostrarle la carta de su hija... (*Sacando la carta de Julia.*) Mas es fuerza que Paredes me explique... (*Se guarda la carta y pasa al despacho de Enrique, cuando más amoroso se halla el matrimonio.*)
Blanca.—Adiós, Enrique.
Enrique.—Adiós, monina. (*Se besan.*)
Cienfuegos.—(*Sorprendiéndose ante aquel cuadro.*) ¡Cómo!... ¿Pero qué es esto?
Blanca.—(*Avergonzada.*) ¡Ay!... Adiós... (*Vase precipitadamente por el foro izquierda.*)
Enrique.—(*Turbado.*) Dispénseme usted. Era... Es...
Cienfuegos.—¿No le da a usted vergüenza?... ¡Con que tiene usted una concubina?...
Enrique.—No, señor. Se trata de una aventurilla olvidada.
Cienfuegos.—Ese era el miedo de entrar antes aquí.
Enrique.—Precisamente. Ella me perseguía y yo...
Cienfuegos.—¡Qué habrá dicho su suegro!
Enrique.—No, no me ha dicho nada. Si hemos terminado ya del todo. En absoluto.
Cienfuegos.—¿De veras?
Enrique.—Para siempre.
Cienfuegos.—Porque, si no, yo mismo iré a ver a esa joven y a prohibirle que vuelva por aquí. (*Ligera pausa.*) ¿Dónde vive esa desgraciada?
Enrique.—¡Por Dios, don Próspero! ¿Sería usted

capaz de trabar conocimiento con una cupletista del Madrid-Kursaal?

Cienfuegos.—¡Oh, cielos! ¿Del Kursaal?... ¿No será, por ventura, esa cortesana procaz a quien apodan "La Castiza"?

Enrique.—La misma.

Cienfuegos.—¡Habráse visto!... ¿Y esa bellaca osa turbar la augusta paz de este santuario?

Enrique.—Y la del Monasterio de Piedra. ¿No le digo a usted que me persigue sin descanso? Me quiere con locura y permanece fiel a mi recuerdo.

Cienfuegos.—¡Fidelidad una mujer así!

Enrique.—Vea usted: cosa rara; tengo la suerte de que me sean fieles mi mujer y mi amante.

Cienfuegos.—Su mujer y su... (*Aparte.*) ¡Habrá majadero! (*Toma un pliego de la mesa de Enrique y lo lee.*)

Paco.—(*Por el foro izquierda, tarareando un aire flamenco.*) Con permiso. (*A Enrique.*) ¿Estás *ocupao?*

Enrique.—No, ven acá. (*Presentándoles.*) Mi amigo Paco Peña... Don Próspero de Cienfuegos, director de esta Compañía.

Cienfuegos.—Ya creo haber tenido el gusto...

Paco.—Sí, antes nos vimos un momento. (*A Enrique.*) Venía a preguntarte si quieres almorzar conmigo.

Enrique.—No, chico; es imposible; me voy a Burgos esta tarde. Si no fuera por eso, hubieras tú cenado esta noche en mi casa, para presentarte a mi mujer.

Paco.—Gracias; pero no hubiese habido forma. ¿No te acuerdas, *pasmao,* de que tengo esta noche la *combina* esa del *cupletismo?*

Cienfuegos.—(*Aparte.*) ¡Dios los cría!...

Enrique.—¿Pero vas a cenar con ella?

Paco.—*¡Pa* chasco! Servidor vió la luz en Embajadores, once; servidor es un hacha, y servidor se cuela en todas partes. Como que no me reciben con la Banda Municipal, porque me molesta un poco el ruido.

Cienfuegos.—(*Aparte.*) ¡Pintoresco lenguaje! (*Deja el pliego.*)

Enrique.—Y, ¿no es indiscreción preguntarte quién es esa belleza?

Paco.—Si es del dominio público. La Julia, "la Castiza".

Enrique y Cienfuegos.—(*Simultáneamente.*) ¡La Julia, "la Cas...!

(*Ambos se interrumpen, se miran un instante y sueltan a reir con estrépito.*)

Paco.—(*Un poco molesto, se encara con don Próspero.*) ¡Señor mío, no sé a qué viene esa risa!

(*Cienfuegos va a contestarle; pero le brota una nueva y más ruidosa carcajada, que da en el rostro a Paco Peña, y opta el buen Director por refugiarse en su despacho, ocupar su sillón y dar allí toda la rienda a su imponente hilaridad. Paco le sigue, amostazado.*)

Paco.—Pero, oiga *usté*, amiguito, que ya me voy mosqueando yo... Va *usté* a decirme...

Cienfuegos.—Su entrañable Paredes le explicará el grabado. (*Ríe.*)

Paco.—(*Que vuelve al despacho de Enrique y halla a éste ahogándose de risa.*) ¿También tú?... ¡Vaya, hombre!... Pero se puede saber qué pitorreo es este? (*Enrique va a contestarle; pero una nueva y fragorosa carcajada es lo único que brota de sus fauces abiertas y se retira a su sillón, donde sigue riendo.*) ¡Mira que se me atufan las narices!...

Enrique.—Que te lo explique el Director. (*Sigue riendo.*)

Paco.—¡Ah, sí? ¡Vaya!... (*Abre la puerta divisoria y, poniéndose en medio del umbral, dice a Cienfuegos.*) ¡Aliviarse, Cienhigos... o Cienfuegos!... (*A Enrique.*) Y a ti, que te frían un percebe. Y cuando acabes de echar la papilla, me pones un cablegrama al Lion d'Or. (*Se acerca a la mesa de Cienfuegos.*) ¡Adiós, besugo! (*Vase, furioso, por el foro derecha.*)

Enrique.—(*Levantándose bruscamente.*) ¡Oye, Paco!... (*Coge su sombrero, que está sobre la mesa, y pasa corriendo al despacho del Director.*) ¡Paco!... (*Vase precipitadamente por el foro derecha.*)

Cienfuegos.—...¡Ja, ja, ja!...

Blanca.—(*Por el foro izquierda.*) ¿Enrique?... Pues no está... Y, sin la llave de su armario, ¿cómo le voy a hacer la maleta?... ¿La tendrá por aquí?... (*Busca sobre la mesa y los cajones.*)

Cienfuegos.—(*Remedando a Enrique.*) "Vea usted: cosa rara; tengo la suerte de que me sean fieles mi mujer y mi amante." ¡Y en efecto! ¡Plancha más divertida! (*Vuelve a reir.*)

Blanca.—Aquí no se ven llaves. (*Llamando quedamente.*) ¿Enrique?... ¿Enrique?... (*Pasa al despacho de Cienfuegos y se sorprende al ver a éste.*) ¡Ay!...

Cienfuegos.—(*Al ver a Blanca. Aparte.*) ¡Tate! ¡"La Castiza"!

Blanca.—(*Turbada.*) Usted dispense. Busco...

Cienfuegos.—(*Atajándola.*) Ya sé a quién busca usted, dulce niña; pero le advierto que Paredes también lo sabe.

Blanca.—¿Eh?

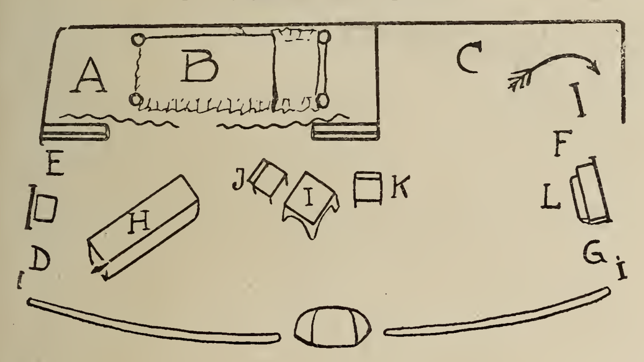
Cienfuegos.—(*Levantándose.*) Esta noche... "combina"... (*Va avanzando hacia Blanca.*)
Blanca.—(*Que no comprende.*) ¿Combina?
Cienfuegos.—(*Remedando a Paco.*) "*¡Pa* chasco!"... "Servidor es un "hacha"... "Embajadores, once"... "No le reciben con la banda, porque le enoja un poco el ruido"...
Blanca.—(*Mirándole, aterrada. Aparte.*) ¡¡Dios mío!! ¡¡El loco!!
Cienfuegos.—Ya se conoce que es usted artista. ¡Bien finge la sorpresa! (*Trata de coger una mano de Blanca.*)
Blanca.—(*Esquivándole.*) ¡Quieto! ¡Por Dios!... (*Corre a escudarse con la mesa.*)
Cienfuegos.—(*Tras ella.*) ¡Castiza!... ¡Casticilla!...
Patricia.—(*Por el foro derecha y como un basilisco.*) ¡¡Te pesqué!! (*CUADRO.*) ¿Con que tenía razón el anónimo?... ¿Con que recibes aquí visitas de mujeres alegres?
Blanca. — (*Ofendida.*) ¡Señora!... (*Aparte.*) ¿Pero qué es esto, Virgen Santa?
Cienfuegos.—¡Patricia, padeces un error de óptica!
Patricia.—¡Calla, viejo verde!
Blanca.—(*Que ha logrado escurrirse hasta la puerta divisoria, pasa al otro despacho.*) ¿Dónde se habrá metido?... (*Con voz ahogada y corriendo hacia el foro.*) ¿Enrique?... ¿Enrique?... (*Mutis.*)
Patricia.—Es inútil que finjas. Lo sé todo. Esa indigna mujer es "La Castiza".
Cienfuegos.—¡¡Qué locura!! Si esa señora es... es...
Patricia.—A ver... Inventa un nombre...
Cienfuegos.—La esposa de Paredes.
Patricia.—¿Ves como no me engañas, grandísimo embustero? A la esposa de Enrique la conozco yo como a ti.
Julia.—(*Que asoma por el foro derecha.*) ¿Se puede?
Patricia.—(*A Cienfuegos.*) Mírala. (*A Julia.*) Adelante, amiga mía. (*A Cienfuegos.*) Aquí tienes a la señora de Paredes. (*A Julia.*) Tenga usted la bondad de acompañar a mi marido, mientras yo busco a "la Castiza". (*Se dirige a la puerta divisoria.*)
Julia.—¿La Castiza?...
Patricia.—(*Medio mutis.*) Una vil mujerzuela que se ha metido aquí. Pero, ¡ay de ella, como yo le eche el guante! (*Pasa al despacho de Enrique, buscando a la fugitiva, y váse por el foro izquierda.*)
Julia.—(*Riendo.*) ¡Frí...o! ¡Frí...o!

TELON



ACTO SEGUNDO

Boudoir de Julia "la Castiza", amueblado con lujo y refinada coquetería, según la disposición escénica que figura en el plano:



A, *Alcoba italiana, con dos cortinas que la ocultan a la vista del público.*—**B**, *Cama.*—**C**, *Escape hacia la puerta de la escalera.*—**D**, *Puerta con hoja de cristales.*—**E, F** *y* **G,** *Puertas.* **H**, *"Chaise-longue". Es una caja como de 180 por 50 centímetros, tapizada de cretona a juego con las cortinas, y cuya tapa puede levantarse. Sobre este mueble, varios almohadones. El costado de la caja que no da al público, tendrá un respiradero suficiente para comodidad del personaje que se introduzca en ella.*—**I**, *Mesita con recado de escribir.*—**J** *y* **K**, *Sillas.*—**L**, *Chimenea con espejo, retratos y cacharros.—Alfombra y aparato de luz.—Es por la tarde del mismo día en que transcurrió el primer acto.*

(*Al levantarse el telón está sola en escena Petra, mirando atentamente por la cerradura de la puerta primera derecha y con una fotografía en la mano. Petra es joven, guapa, desenfadada y doncella de Julia, doncellez que no pasa de ahí. Viste de negro con cabos blancos.*)

Petra.—(*Dejando de fisgar.*) Es él. Le conocí en se-

guida. (*Mira la fotografía y lee la dedicatoria.*) "Julia: eres un hacha; pero fíjate en mí. Pacorro." ¡Vaya un guaja que debe ser el Pacorro éste! (*Dejando el retrato sobre la chimenea.*) Lo primero que me dijo al entrar... Por supuesto, sin que le oyera la señorita: (*Remeda a Paco.*) "El día que quieras aprender a nadar y guardar la ropa, Embajadores, once, *tiés* un maestro." ¡*Camará*, con el tío! (*Por la segunda derecha, y haciendo anotaciones en un cuaderno largo y estrecho, sale Rodríguez, mozo que ya ha cumplido los sesenta y que es bastante calvo, bastante raro y bastante corto de vista. Hacia la punta de su corva nariz, cabalgan unas gafas. Usa un bigote muy ridículo, un chaquet negro, más ridículo que el bigote, y un sombrero hongo más ridículo que el chaquet.*) ¿Qué, señor Rodríguez, ya ha despachado usted?

Rodríguez.—No, hija mía; aún me falta; pero despacho pronto.

Petra.—(*Contrariada.*) ¡Huy! ¡Dichosa subasta! ¡Me van a poner la casa perdida! Mañana me liquido limpiando.

Rodríguez.—No, mujer; al revés. Como se llevarán muchos muebles, esos menos tendrás tú que limpiar. (*Sigue tomando notas.*)

Petra.—Sí, también es verdad. Pero los suelos no se los lleva nadie, y es lo que más se ensucia.

Julia.—(*Por la primera derecha y envuelta en una bata vaporosa. Paco sale detrás.*) Bueno, amigo Rodríguez, ¿cómo van esos preparativos?

Rodríguez.—Terminando, señorita Julia. (*Váse Petra foro.*)

Julia.—¿Cree usted que venderemos mucho?

Rodríguez.—¿Pues no lo he de creer? (*Sin dejar de anotar en el libro.*) No falla nunca.

Paco.—(*A Julia.*) Oye, tú, ¿qué preparativos son esos y qué vas a vender?

Julia.—Esto es una subasta preparada por mí y un invento genial del amigo Rodríguez, que es este caballero.

Rodríguez.—(*Inclinándose.*) Servidor...

Julia.—Rodríguez anuncia en los periódicos una subasta de muebles, ropas y otros efectos "pertenecientes a una célebre y popular artista mimada del público", y ya te puedes figurar: medio Madrid se planta en esta casa; sobre todo señoras, y por aquello de decir: "Esto era de la Fulánez", me quitan una porción de trastos viejos, pagándolos a peso de oro. Vestidos y sombreros que ya he lucido en el teatro; joyas que ya me canso de llevar, regalos de beneficios... infinidad de cosas que tendría que mal-

vender o darlas al trapero, me valen un buen fajo de billetes.

Paco.—¡Admirable, chiquilla! Oye: pues, ¿sabes tú que el señor Rodríguez es un punto?...

Rodríguez.—(*Inclinándose.*) Servidor...

Julia.—Ahí tienes la subasta. Dentro de un par de horas parecerá esta casa una fiesta en el Ritz. Hasta habrá algún cronista de salones.

Paco.—Eres siempre la misma. Acuérdate de cuando te decía, con permiso de Bécquer: "¿Qué es trapisonda? ¿Y tú me lo preguntas? Trapisonda, eres tú."

Julia.—Hasta la sepultura.

Rodríguez.—(*Cierra el cuaderno.*) Bueno; ya he terminado. Si no manda usted nada...

Julia.—Que esté usted muy a tiempo.

Rodríguez.—Descuide la señorita. (*A Paco, inclinándose.*) Servidor...

Paco.—(*Dándole la mano, con cortesía algo burlona.*) Señor de Rodríguez: ¿a usted no le han dicho nunca que es un hacha?

Rodríguez.—¡Huy! Infinitas veces.

Paco.—Choque *usté,* compañero.

Rodríguez.—(*A Julia.*) Servidor. (*Vase foro.*)

Julia.—Es un tipo notable.

Paco.—(*Que mira su reloj.*) Bueno, mi dulce amiga, pues yo también "alivio".

Julia.—Pero, ¿para volver?

Paco.—¡A ver qué vida! ¿A qué hora se cena en esta casa?

Julia.—De nueve a nueve y media.

Paco.—Pues tú pon vino al Comendador, porque se filtrará por las paredes.

Julia.—¡No me hables de Paredes!

Paco.—(*Riendo.*) No, mujer, no te asustes; que entraré por la puerta.

Petra.—(*Por el foro.*) Ahí está un caballero que quiere verla a usted.

Julia.—¿Quién es?

Petra.—Ni le conozco, ni quiere dar su nombre.

Paco.—Dice: "Aquí llega un embozado, en veros muy empeñado".

Julia.—(*A Petra.*) Pues dile que la subasta no empieza hasta las seis.

Petra.—Ya se lo he dicho; pero insiste en entrar.

Paco.—¡Hola!

Julia.—Como si lo viera, que es algún periodista.

Paco.—Entonces, ¡rindan armas!

Julia.—(*A Petra.*) Que pase.

Paco.—"Déjale franca la entrada; pero a él

sólo". (*Vase Petra por el foro.*) Y adiós, tú. (*Va a hacer mutis por el foro.*)

Julia.—(*Deteniéndole y cogiendo una llave que hay sobre la chimenea.*) Oye, Paco: márchate y vuelve por la escalera de servicio. Ahí va la llave.

Paco.—(*Tomándola.*) Tienes razón. ¡Así era! ¡Ah, Madrid, Madrid! ¡El pueblo de las llaves! (*Mutis por la izquierda, canturreando y marcando chulescamente un paso menudo.*) "¡Ay, mi Madrid, Madrid!..."

Julia.—(*Que se arregla el peinado frente al espejo de la chimenea, ve reflejarse en el cristal la figura de Enrique, que viene por el foro, seguido de Petra. Trae sombrero flexible, gabán al brazo y un saquito de mano.*) ¡Ah! ¿Eres tú, Paredes? (*Sin dejar de mirarse al espejo.*) ¡Cuánto me alegro!

Enrique.—Pues yo, no.

Julia.—¡Muy amable!

Petra.—(*Aparte.*) ¡Ah, luego éste es Paredes! (*Mutis por el foro.*)

Julia.—Me parece que es hora de que vengas a conocer esta casa, que es tu hogar conyugal. (*Se quita del espejo y va al lado de Enrique.*) ¡Hijo!... ¡Qué seriedad!... Anda, siéntate aquí, junto a tu mujercita. (*Se sienta en la "chaise-longue".*)

Enrique.—(*Rehusando.*) Gracias; tengo prisa. Salgo inmediatamente para Burgos, lo cual no es un plato de gusto.

Julia.—Hay que sacrificarse, maridito.

Enrique.—Pero mi sacrificio será inútil si usted goza en hacerlo fracasar.

Julia.—Mira, Enrique, si yo fuese capaz de tomar algo en serio en esta vida, acabarías tú por irritarme. Cualquiera diría que soy una mujer independiente a quien tú traes como un zarandillo para un negocio tuyo. ¡Y hay que ver el papel que me repartes! Y, encima, soportar tu malhumor y aguantar que me azuces como a un perro de presa.

Enrique.—Eso, no; es que...

Julia.—Es que si yo no me acordase de tu pobre hermana y no me divirtieran tanto los embrollos, hace ya un rato largo que te hubiese enviado a freir monas con tu don Próspero y tu ascenso. Pero una de las cosas que más risa me dan es verte a ti furioso y apurado.

Enrique.—Vaya; pues muchas gracias.

Julia.—(*Ríe.*) No sabes tú lo divertido que resultas.

Enrique.—(*Con risita forzada.*) ¡Pues no lo he de saber!

Julia.—Bueno, y ahora ¿a qué venías? ¿A abonarme las trescientas pesetas por los besitos que me debes? ¿A ver si quiero algo para Burgos?

Eres amabilísimo; pero no tengo nada que encargarte. Ah, sí: cómprame un queso.

Enrique.—Venía a preguntarle si esta noche recibe usted a don Próspero.

Julia.—Te dije que esta noche es imposible.

Enrique.—Pero ¿por qué?

Julia.—Plan de familia. Espero a comer a una anciana tía mía.

Enrique.—La conozco. Es una dama con bigote. Y se llama Paco. Estoy en el secreto.

Julia.—(*Riendo.*) ¡Ah, sí? Tanto mejor.

Enrique.—(*Mirando a todas partes.*) ¿Y anda por aquí esa "pobre anciana"?

Julia.—Acaba de marcharse.

Enrique.—Me alegro, porque el Director va a llegar de un momento a otro...

Julia.—¿El Director? No puede ser. Yo misma le he dicho que no venga.

Enrique.—Pero yo, en nombre de usted, acabo de enviarle un recado para que se presente aquí dentro de unos minutos.

Julia.—¿Ves tú? Aunque me contrarías, me haces gracia. Eres un buen discípulo. Si tuvieras otro carácter...

Enrique.—(*Que ha tendido una mirada por la escena.*) Lo que observo es que hay aquí demasiado lujo para ser usted la esposa de un modesto empleado, y don Próspero se puede escamar.

Julia.—¡Bah! Estando conmigo no le queda ni tiempo de mirar a los muebles. Ese no es como tú.

Enrique.—Pues me voy escapado a la estación, que es ya muy tarde. (*Marca el mutis por el foro.*)

Julia.—Oye, Enrique...

Enrique.—¿Qué ocurre?

Julia.—¿Te vas sin darme un beso?

Enrique.—¡Déjese usted de besos!

Julia.—Mira que llamo a doña Patricia.

Enrique.—Bueno, bueno; mucho cuidado con perder el tiempo. Antes de que yo llegue a Burgos se habrá firmado mi ascenso en esta casa.

Julia.—Bien, maridito, bien. Y que seas juicioso. (*Vase Enrique.*) Y que no te asomes a la ventanilla. (*Mutis segunda derecha.*)

Enrique.—(*Quien, después de permanecer un instante la escena sola, vuelve a entrar en ella precipitadamente.*) ¡¡Atiza!! ¡Esto faltaba! ¿Y qué hago?... ¡Ah!... (*Se fija en la alcoba y se oculta en ella, corriendo luego las cortinas.*)

Antón.—(*Por el foro, seguido de Petra.*) ¡Qué subasta ni subasto! Yo no vengo a comprar *na.*

Petra.—Pues hágame el favor de decir a quién anuncio.

Antón.—*Aspere usté* una *miaja.* (*Buscando algo por los bolsillos y por entre la faja.*) ¡Rediela!...
Petra.—No se moleste en buscar la tarjeta. Con que me diga su apellido...
Antón.—*¿Trajeta?...* Yo no gasto esos cumplimientos. Lo que busco es... ¡Aquí está! (*Saca un billete de teatro.*) Una entrada *pa* el teatro, que *piensé* que me *s'había* perdido. (*Mete el billete entre la cinta del sombrero, por la parte anterior del mismo.*)
Petra.—Pero...
Antón.—A la dueña no *tié usté* por qué *incomodala.* Verá *usté* lo que *quió* saber.
Petra.—Usted dirá.
Antón.—Es el caso que yo tengo un yerno que se llama Paredes y que está *empleao* en el Ferrocarril Peninsular.
Petra.—Por muchos años.
Antón.—No hay de qué. Bueno; este yerno mío vive en la calle del Peligros, número *deciocho;* pero el *diretor* de la Compañía, que *paice* aragonés, se emperra en que no vive allí, sino en la calle de las Minas, número 13, que es ésta, ¿no es *verdá?*
Petra.—Esta es.
Antón.—Pues a eso vengo: a saber qué zaragata es esta. ¿Cómo se llama su señorito de *usté?*
Petra.—Paredes.
Antón.—¿Y de nombre?
Petra.—La señorita no le llama más que por el apellido.
Antón.—(*Aparte.*) Estarán *enfadaus.* (*Alto.*) Y ¿qué oficio tiene?
Petra.—Me parece que está empleado en ese tren que ha dicho usted.
Antón.—Entonces, no *pué* ser más claro. En la *mesma* oficina hay dos Paredes.
Petra.—Y puede que haya más.
Antón.—¡Ya me lo podía haber *alvertío* ese cabezón de *diretor!...* Vaya, pues *usté* disimule, y muchas gracias. (*Va a entrar en la alcoba; pero Petra le aparta de allí y le indica la puerta del foro.*)
Petra.—De nada.
Antón.—Y dígale *usté* a la dueña que dispense que *haiga* venido a *molestula.* (*Arrimando su cara a la de Petra.*) ¡Ay!... ¡Qué mujeres se ven en este *Madrí!...* (*Váse por el foro.*)
Petra.—(*Que apartó su cara.*) ¡Vamos! ¡Sí que me tocan a mí unas visitas!... Pues yo no le acompaño. Me da miedo. (*Vase segunda derecha.*)
Enrique.—(*Saliendo de la alcoba.*) ¡Por fin!... (*Se detiene bruscamente a escuchar en la puerta del foro.*) ¿Qué?... ¡¡María Santísima!! (*Vuelve a ocultarse rápido en la alcoba.*)

Cienfuegos.—(*Con chaleco de fantasía, botines claros, flor en la solapa y moquero "con vistas a la calle", aparece en la puerta del foro, un tantico turbado y delante del señor Antón.*) Dispense usted, amigo mío...

Antón.—¡Otra! ¿Por qué? *Usté* es el que *tié* que *dispensame* a mí... ¡Quién se iba a *fegurar!*...

Cienfuegos.—Justo, ¿quién iba a imaginárselo? En fin, yo me marcho otra vez. (*Quiere irse; pero Antón le detiene.*)

Antón.—No; el que se va, soy yo. (*Idem.*)

Cienfuegos.—(*Idem.*) De ninguna manera. ¡Pues no faltaba más!

Antón.—(*Idem.*) Que no puedo, que no; que mi yerno... "el de la calle de Peligros" (*Muy recalcado*), me ha *regalau* una entrada *pa* el teatro, y me voy.

Cienfuegos.—¡Otra te pego! Quien le habrá entregado a usted ese billete será el inquilino de esta habitación.

Antón.—¿Ya *golvemos* a las *mesmas?*... ¿No *himos quedao* en que son dos?

Cienfuegos.—(*Aparte.*) ¡Ah, vamos! Tiene dos yernos. (*Alto.*) Entonces no hay por qué molestarse.

Antón.—Claro que no.

Cienfuegos.—(*Ofreciéndole su mano amablemente.*) Señor Antón...

Antón.—(*Sin aceptarla.*) Hasta más ver. (*Váse por el foro.*)

(*Enrique asoma nuevamente, como para salir de su escondite; pero, al ver a Cienfuegos, lanza un bufido de contrariedad y se oculta rápido.*)

Cienfuegos.—(*Que estaba de espaldas a la alcoba, viendo marcharse a Antón, vuélvese, brusco, al oír el bufido.*) ¿Eh?... Me había parecido... Pues esto es que me atisba. (*Muy complacido y pavoneándose por la escena en actitudes donjuanescas.*) ¡Pobrecilla! Dejemos que me admire a su sabor. (*Pausa.*) La verdad es que el cuadro no puede estar dispuesto con mayor eficacia. El padre, en el teatro; el esposo, camino de Burgos, y la paloma, a merced del gavilán. "¡Así se las ponían a Fernando VII!"...

Julia.—(*Por la segunda derecha y en "toilette" de recibir visitas.*) ¡Don Próspero!... (*Fingiendo timidez y azoramiento.*)

Cienfuegos.—(*Con toda la alegría de que es capaz este besugo.*) Primorosa Blanquita: Ante todo, millares de gracias por haber enviado a su papá al teatro.

Julia.—(*Que no comprende.*) ¿A mi papá?...

(*Enrique entreabre las cortinas y hace señas a Julia para que no se asombre de lo que oye.*)

Cienfuegos.—Ha sido un rasgo de talento. Y, pues nos ha dejado solos para un buen lapso... (*Intenta abrazarla.*)
Julia.—(*Resisistiéndose.*) ¡Por Dios, don Próspero! Acciona usted de una manera que me ruboriza.
Cienfuegos.—Ruborícese, ruborícese. El carmín de los pómulos, la mejora a usted en tercio y quinto. (*Insiste el hombre.*)
Julia.—Pero... ¿y si mi marido...?
Cienfuegos.—¡Bah! ¡Quién piensa en ese pobrecillo! En este instante se halla muy lejos de nosotros.
Julia.—¿Está usted seguro? (*Dirigiendo furtivas miradas a Enrique, que ha vuelto a asomar por entre las cortinas.*)
Cienfuegos.—Segurísimo. Como si le estuviera viendo. (*Enrique se oculta bruscamente.*)
Julia.—Y... ¿dónde estará ahora? (*Mira a la alcoba, disimuladamente.*)
Cienfuegos.—¿Ahora? (*Consulta su reloj.*) Ahora debe de estar... en Ataquines.
Julia.—(*Conteniendo la risa.*) ¡Puede!
Cienfuegos.—(*Que vuelve a la carga, porque no gusta de perder el tiempo en conversaciones inútiles.*) Con que Blanquita...
Julia.—(*Rechazándole.*) ¡Por Dios!... El que está siempre en Ataquines es usted.
Cienfuegos.—¡Donosísima! Pero... (*Atacando de nuevo.*)
Julia.—(*Que le esquiva otra vez.*) Pero vamos a ver: ¿Y si Enrique hubiera perdido el tren y se nos presentara de improviso?
Cienfuegos.—¡Caray! Enhebra usted unas suposiciones...
Julia.—Hay que preverlo todo. Suponga usted que viene..
Cienfuegos.—Hombre, si ello ocurriera... (*Mira, asustado, en torno suyo.*)
Julia.—Si ello ocurriera, mire usted su escondite. (*Alza la tapa de la "chaise-longue".*) Yo echaría la tapa. (*Lo hace.*), me tumbaría encima y... (*Idem.*)
Cienfuegos.—¡Estupendo! ¡Oh, qué ingeniosa travesura!... (*Mostrando repentino temor.*) Pero más vale que no venga.
Julia.—Más vale que no venga.
Cienfuegos.—Con que... (*Vuelve al ataque.*)
Julia.—(*Esquivándole.*) Recuerde usted que soy una mujer honrada.
Cienfuegos.—Quien lo recuerda con una frecuencia lamentable es usted.
Julia.—Y que mi marido... Si al menos tuviera en mi poder el ascenso de Enrique,... eso tranquilizaría un poco mi conciencia, consolándome de haberle engañado.

Cienfuegos.—¡Pero si todavía no le ha engañado usted!... (*Besando una mano de Julia y "durmiéndose en la suerte".*)

Enrique.—(*Muy satisfecho del giro que toman las negociaciones, asoma la cabeza y exclama a media voz y en tono agudo.*) ¡Muy bien! (*Vuelve a ocultarse.*)

Cienfuegos.—(*Que apoyaba sus labios en la mano de Julia, levanta la cabeza y le pregunta*: ¿Qué dice usted?

Julia.—¿Yo?... Nada. Si fué usted quien habló. (*Sin querer reir.*)

Cienfuegos.—¿Yo...? (*Mira en torno suyo con cierta escama.*)

Julia.—(*Soltando el trapo.*) ¡Ja, ja, ja!... ¿Si estará la casa encantada?

Cienfuegos.—Encantada, sí, encantada de albergar una hermosura como ésta.

Julia.—(*Triste.*) En cambio, yo he sufrido el desencanto de no recibir hoy un nombramiento que esperaba.

Cienfuegos.—Tranquilícese usted, amiga mía, porque mañana quedará firmado.

Julia.—No, mañana, no; ahora mismo. Mañana, quizá, no se acuerde usted de la inocente Blanquita, que se dejó conquistar por usted. (*Sentimental.*)

Cienfuegos.—¡Pero, si aún no se ha dejado usted conquistar!... (*Besando donde dice en el brazo de Julia.*) ¡Ay, tierna criatura! Me estaría besando este metacarpo, este cúbito y este húmero por toda una eternidad.

Julia.—Pues sólo tengo tiempo hasta las seis.

Cienfuegos.—Pues empecemos en seguida... (*Expeditivo el tío.*)

Julia.—Empecemos. Aquí tiene usted pluma, tinta y papel. (*Le invita a que se acerque a la mesita.*)

Cienfuegos.—(*Contrariado.*) ¡Ah, vamos! ¿Quiere usted comenzar así?... Sea (*Se sienta a la mesa, de espaldas a la alcoba.*) Así podrá usted ver que no me duelen prendas. (*Julia permanece en pie, junto a Cienfuegos. Este escribe.*) "En vista de que don Enrique Paredes y... (*Se interrumpe.*) ¿Cómo es el segundo apellido, que nunca lo recuerdo?

Julia.—(*Confusa.*) El... segundo... vamos... el otro apellido de... ¿Enrique? (*Levantando la voz en la palabra "Enrique" y mirando angustiosamente a la alcoba.*) Es decir, el apellido de la madre de... ¿Enrique? (*Idem.*)

Cienfuegos.—Eso es; el de su madre.

Julia.—(*Aparte.*) ¡Ay, su madre!

Cienfuegos.—Yo, es que nunca lo empleo.

Julia.—Es claro, ¿para qué? Yo odio los segundos apellidos.
Cienfuegos.—Pero aquí es necesario el hacerlo constar.
Julia.—Pues... ¡Por Dios, qué tontería! ¡Mire usted que no acordarme yo tampoco del segundo apellido de... Enriquito! (*Idem.*)
Cienfuegos.—(*Sonriendo.*) ¡Es curioso!
Julia.—¡Quiá hombre! Si fuera curioso se asomaría. ¡Digo, me acordaría! Pero cuando no lo recuerdo, es que es un apellido muy vulgar. (*Enrique asoma al fin, y cogiéndose un mechón de pelo, dice con los labios y el aliento que el apellido es "Rubio".*) ¡Ah, sí! Se llama Enrique Paredes y Cabello. (*Enrique expresa su disgusto y se oculta de nuevo.*)
Cienfuegos.—(*Leyendo.*) "En vista de que don Enrique Paredes y... (*Escribe.*) Cabello, secretario de la Compañía del Ferrocarril Peninsular, se encuentra en condiciones de ascenso..."
Julia.—(*Dicta.*) ...y atendiendo a sus grandes méritos...
Cienfuegos.—¿Méritos? ¡Pero si no ha hecho ninguno el infeliz!
Julia.—(*Apoyándose con coquetería sobre un hombro del Director.*) ¿No quiere usted que yo haga valer los míos?
Cienfuegos.—Tiene usted razón. (*Sigue escribiendo.*)
Julia.—(*Dicta con gracioso énfasis.*) "...sus grandes méritos, su perseverancia, su capacidad, su celo... (*Esto que va dictando se lo brinda con los ojos a Enrique, que ha vuelto a asomarse y se muestra encantado.*)
Cienfuegos.—Esto del celo...
Julia.—¿Por qué no? Mi marido es más celoso de lo que usted supone.
Cienfuegos.—(*Aparte.*) ¡Pues le sirve de mucho al imbécil!
Julia.—(*Dicta.*) ...he resuelto nombrarle jefe de la sección... (*Consulta con los ojos a Enrique, y éste le enseña cuatro dedos.*) ...cuarta.
Cienfuegos.—(*Escribe.*) ..."cuarta". (*Se levanta.*) Ea: ya está ascendido. ¿Se halla usted satisfecha? (*Enrique hace, desesperadamente, signos negativos, indicando a Julia que falta la firma para que el documento sea válido.*)
Julia.—No. Falta todavía... (*Haciendo los ademanes que le ve hacer a Enrique.*) La firma del Director.
Cienfuegos.—Piensa usted en todo. (*Firma.*) "Cienfuegos..." (*Plegando el documento y sin soltarlo de la mano.*) El nombramiento está en regla. (*Enrique, contentísimo, se oculta nuevamente.*)
Julia.—Pero aún no me lo ha entregado usted.

Cienfuegos.—¡Qué poca confianza! (*Con las manos atrás y el pliego entre ellas.*)

Julia.—Ninguna. En este instante somos dos mercaderes que tratan un negocio, y "les affaires sont les affaires". (*Pronúnciese Les afér, son les afér.*)

Cienfuegos.—(*Con asombro.*) ¡Es usted una superhembra!

Julia.—(*Zalamera.*) A usted más le parezco una hembra *súper*, ¿no? (*Trata con mimo de arrebatarle la credencial.*)

Cienfuegos.—(*Encandilado.*) ¡Archi-extra-ultra-superiorísima! (*Sin dejarse quitar el documento.*)

Julia.—(*Contrariada.*) ¡Sí, sí, mucho piropo; pero veo que usted no suelta prenda!

Cienfuegos.—Usted misma lo ha dicho: somos dos mercaderes que tratan un negocio, y "*les afér, son les afér*".

Julia.—(*Sumisa.*) ¡Vaya! Pues, ¿qué remedio? Yo soy el sexo débil y me toca ceder. (*Va junto a la alcoba.*) Aquí me tiene.

Cienfuegos.—(*Radiante.*) ¡Cómo! ¿Es cierto, Blanquita?... ¿Y es esta la hornacina que cobija tu imagen? (*Subiendo hasta la alcoba y descorriendo las cortinas.*) ¡Oh, qué inmensa ventura...! (*Al quedar visible la cama, aparece tumbado en ella, en mangas de camisa y fingiendo dormir, el perseverante y celoso secretario del Ferrocarril Peninsular, que lanza unos ronquidos dignos del dragón Fafner.*) ¡¡Pardiez!! ¡¡Un hombre!! (*Cienfuegos se oculta en el primer término derecha, de modo que no pueda ser visto por Enrique, y guarda el pliego en un bolsillo.*)

Julia.—(*Lanzando un grito agudo.*) ¡¡Cielos!! ¡¡Mi marido!!

Enrique.—(*Como si este grito le hubiera despertado.*) ¿Eh...? (*Se frota los ojos.*) ¿Qué pasa? (*Se incorpora.*) ¿Qué hora es?... (*Mira su reloj.*) ¡Diablo!... ¡He perdido el tren! (*Disgustado.*) ¡Qué contratiempo! ¡No haberme despertado...! ¿Qué dirá mi excelente Director? (*Desperezándose, bosteza.*)

Cienfuegos.—(*Dándose a ver y con tono iracundo.*) Lo va usted a oir en seguida. ¡Es usted un vago!

Julia.—(*Tapándose la cara con las manos.*) ¡Jesús!

Enrique.—(*Que al oir la voz de Cienfuegos, salta del lecho bruscamente y se pone con rapidez la americana.*) ¡Cómo...! ¿Don Próspero en mi casa...? ¿En nuestra casa...? (*Mirando interrogativamente a Julia, con un terrible gesto de sospecha.*)

Cienfuegos.—¡La falta es gravísima! ¡En lugar de hallarse camino de Burgos, le encuentro a usted tumbado en la cama! (*A Julia, con rostro de reproche.*) Pero, ¿usted lo sabía?

Julia.—¡Por Dios, don Próspero, si yo le hubiera visto, ¿cómo comprende usted que... que podría pasárseme el despertarle a tiempo?
Enrique.—(*En tono dramático.*) Y, ahora, me toca preguntar a mí: (*A Julia.*) ¿Qué hace este caballero en nuestra casa, a solas con usted y creyéndome ausente?... ¿Eh?
Julia.—(*Aparte.*) ¡Este ladrón no quiere tutearme ni a tiros!
Enrique.—¿No contesta usted?
Cienfuegos.—Le advierto... (*Acercándose a Enrique.*)
Enrique.—(*Rechazándole bruscamente para que vaya a dar en la primera izquierda.*) ¡No tiene usted que advertirme nada! ¡Qué vergüenza!...
Julia.—(*Cómicamente trágica y echándole los brazos al cuello.*) ¡Enrique mío!
Enrique.—(*Rechazándola para que caiga sobre la chaise-longue.*) ¡Calle usted, mala esposa!... ¿Qué habrá usted maquinado contra mí...? (*Ligera pausa.*) Míreme usted a los ojos. (*Lo hace.*) ¡En ellos leo la traición!
Cienfuegos.—(*Aparte.*) ¡Es un hombre brutal!
Enrique.—¡Sí; lo veo bien claro: durante mi sueño ha peligrado aquí la nitidez de mi apellido! Mejor dicho: ¡¡de mis dos apellidos!!
Julia.—(*Aparte.*) Este tío me va a hacer reir.
Enrique.—(*A Cienfuegos.*) Caballero: el juego está visto: me envía usted a Burgos para aprovecharse de mi ausencia...
Julia.—(*A Enrique, recobrándose.*) ¡Bueno, cállate ya! ¡Tanto alborotar para nada! ¡Mira cómo se aprovecha de tu ausencia este caballero! (*A Cienfuegos.*) A ver, don Próspero: tenga usted la bondad de darle a mi marido ese pliego que me traía para él.
Cienfuegos.—(*Aparte.*) ¡Porra! (*Vacila en entregarlo.*)
Enrique.—(*Incrédulo.*) ¡Un pliego! ¡Un pliego! ¿Y qué es eso? ¿Alguna nueva burla?... (*Excitándose y alargando la mano, por si se lo entrega.*)
Julia.—(*A Cienfuegos.*) ¡Vamos, don Próspero, que peligra mi fama! Dígale usted a Enrique la verdad. (*Cienfuegos no respira, pero está muy nervioso.*)
Enrique.—(*Después de una pausa.*) ¿Lo ves cómo se calla...? (*Furioso.*) Pues no es sólo tu fama la que está peligrando, sino también tu vida. (*Se abalanza sobre ella, dispuesto a estrangularla.*)
Cienfuegos.—(*Sujeta oportunamente a Enrique.*) ¡Deténgase...! (*Nerviosísimo saca el pliego. Tartamudea.*) Yo quería guardarlo para que a su vuelta de Burgos se lo entregara su señora; pero en vista del giro que ha tomado el asunto, quédese usted con

él. (*Se lo ofrece y Enrique se lo arranca, bufando.*)

Julia.—(*A Enrique.*) ¡Anda, lee eso y muere de vergüenza! (*Haciendo señas de inteligencia a Cienfuegos, sin que lo advierta Enrique.*)

Enrique.—(*Pasando una ojeada por el pliego.*) ¡Cómo...! (*Muy contento.*) ¿Es posible...? ¡Dios mío!... ¡Yo, jefe de sección...! (*Cienfuegos, muy digno, se mete las manos en los bolsillos del pantalón, vuelve la espalda a Enrique y da unos pasos lentamente.*)

Julia.—Ya lo ves: el señor director ha sido tan amable, que se ha tomado la molestia de venir en persona a traerte el ascenso. Y en eso estriba su delicadeza. Quiso él que a tu regreso recibieras la credencial de mi propia mano. Me parece que esto es...

Enrique.—Esto es...

Cienfuegos.—(*Aparte.*) ¡Esto es hacer el "primo" a toda orquesta.

Enrique.—(*Conmovido.*) ¡Oh, cuánta bondad! ¡Estoy verdaderamente confuso...!

Cienfuegos.—(*Creciéndose.*) ¿Ve usted cómo no se puede juzgar de ligero? Acaba usted de inferirnos a su esposa y a mí sendas ofensas.

Julia.—¿Lo ves cómo has sido un ingrato?... ¡Y pudiste pensar que él... un señor tan respetable, iba a andar, "a sus años", pretendiendo mujeres casadas?...

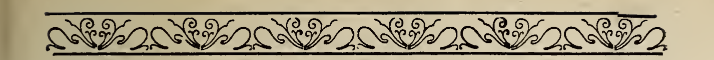
Enrique.—¡Yo...!

Julia.—Pues qué, ¿no dicen nada esas arrugas venerables que le surcan el rostro?... ¿Y esos cuatro pelitos que le quedan?... ¡Ah, candoroso Enrique; tus ridículos celos acaban de confundir a don Juan Tenorio con don Gonzalo de Ulloa!

Cienfuegos.—(*Que está para morder. Aparte.*) ¡Y no reviento yo, ni nada!

Julia.—(*Cómicamente trágica.*) Y por lo que a mí se refiere, no hablemos. Yo soy la parte débil y me toca ceder una vez más. Pero conste que, al sospechar que fuí perjura, me has hecho mucho daño, ¡sí, muchísimo daño! (*Aparte a Enrique, con naturalidad.*) Y esto es verdad; ¡qué bruto eres! (*Vuelve al tono dramático y gimotea, marcando el mutis por la segunda derecha.*) ¡Soy una pobre mujer no comprendida!... ¡Soy una esposa martir! (*Mutis con un sollozo que, una vez dentro, se trueca en carcajada estrepitosa.*) ¡Ja, ja, ja!... (*Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración que en el acto segundo. Todo en escena se halla exactamente igual que al terminar aquél, y cuando se alza de nuevo el telón, se encuentran Enrique Paredes y don Próspero de Cienfuegos en la actitud en que quedaron; es decir, que el acto tercero es una prolongación del segundo.

Enrique.—(*Después de una pausa embarazosa.*) Querido Director... Yo estoy avergonzado. Yo no sé cómo darle excusas por mi actitud de hace un instante. Pero es que, la verdad, me ofusqué de tal modo... las negras apariencias bailaron ante mí una danza tan trágica... todo se concertaba de tal suerte para herir mi amor propio, que sufrí el arrebato de los celos.

Cienfuegos.—Es que no debió usted dejarse arrebatar... (*Recordando el pliego que le han arrebatado. Aparte.*) Ni yo tampoco.

Enrique.—Nada, nada: ha sido una escena deplorable y nunca expiaré como merece el agravio que acabo de inferir a una esposa tan santa y a un amigo tan bondadoso. Le ruego a usted que me perdone y que acepte mi inmensa gratitud por este nombramiento inmerecido.

Cienfuegos.—(*Aparte.*) ¡Y tan inmerecido!

Enrique.—(*Mirando a la segunda derecha.*) ¡Pobrecita mía, qué disgusto le he dado a la infeliz!

Cienfuegos.—Verdaderamente: ha estado usted demasiado inflexible.

Enrique.—Sí, es cierto; lo confieso; pero póngase usted en mi lugar.

Cienfuegos.—A eso venía.

Enrique.—¿Cómo?

Cienfuegos.—Que a eso venía: a que si yo me hallara en su lugar, hubiese procedido con más tiento.

Enrique.—En fin, lo pasado, pasó, y no se hable más de ello. (*Transición.*) ¿Un cigarrito? (*Ofreciéndole un cigarro puro.*)

Cienfuegos.—(*Aceptándolo.*) Gracias. (*Se sienta en la "chaise-longue" y hay una breve pausa, durante*

la cual se registra Cienfuegos los bolsillos.) Lo que tendrá usted que darme ahora es con qué encenderlo, porque...

Enrique.—Sí, señor. (*Saca de un bolsillo un encendedor automático; lo hace funcionar repetidas veces y, ¡claro!, no se enciende ninguna.*) ¡Vaya, hombre!

Cienfuegos.—No, no se canse usted. Ese artefacto es como todos los de su casta: sirven para cualquier cosa menos para prender el tabaco. ¿Quiere usted darme un fósforo?

Enrique.—Con mucho gusto. (*Aparte.*) ¿En dónde habrá? (*Se levanta y busca por la escena. De repente se vuelve hacia don Próspero y le mira con una risita forzada.*)

Cienfuegos.—¿Tampoco?... ¡Hombre, por Dios! ¿Ignora usted dónde se hallan las cosas en su propia morada?

Enrique.—(*Molesto.*) Si es que en esta morada no hay forma nunca de encontrar lo que busco.

Cienfuegos.—Pues pídalos usted.

Enrique.—Es verdad. No se me había ocurrido. ¡Je, je! (*Aparte.*) ¿Dónde estará el timbre? (*Busca por las paredes y repite el juego de la risita.*)

Cienfuegos.—¿Qué? ¿Tampoco encuentra usted el timbre?

Enrique.—Sí, señor, sí... Aquí está. (*Aprieta con el dedo en un punto cualquiera de la pared, donde vea bien el público que no hay botón.*)

Cienfuegos.—(*Después de una pausa.*) Pues no suena.

Enrique.—Estará estropeado.

Cienfuegos.—Como el encendedor.

Enrique.—Estos adelantos modernos se descomponen tan fácilmente...

Cienfuegos.—No hay como lo arcaico, amigo Paredes: para encender el pedernal y para pedir algo, llamar a la criada por su nombre.

Enrique.—Pues tampoco se me había ocurrido... ¡Je, je!... (*Aparte.*) ¡Hoy no se me ocurre a mí ni morirme de repente!

Cienfuegos.—Vamos a ver, si, al fin, me es dable hacerle honor a este veguero.

Enrique.—(*Aparte.*) ¿Y cómo se llamará la criada?... Tiene cara de llamarse Juanita. A ver... (*Llama con voz ahogada.*) ¡Juanita!...

Cienfuegos.—¡Hombre, así es imposible que le oiga! (*Gritando.*) ¡¡Juanita!!...

Enrique.—(*Después de una pausa. Aparte.*) ¡No se llama Juanita! (*Alto.*) ¡¡Eugenia!!...

Cienfuegos.—¡Hola! ¿Tiene usted dos criadas?

Enrique.—(*Molestísimo. Aparte.*) ¡Y dicen que hay

terremotos a veces! ¡Mentira! (*Llamando.*) ¡¡Gloria!!...

Cienfuegos.—¡Tres criadas! Para un empleado modesto es demasiado lujo.

Enrique.—(*Idem.*) ¡¡Isabel!!...

Cienfuegos.—(*Levantándose asombrado.*) ¡Cuatro!

Enrique.—(*Idem.*) ¡¡Remedios!!...

Cienfuegos.—¡Cinco!

Enrique.—(*Idem.*) ¡¡Guadalupe!!...

Cienfuegos.—¡Seis!

Enrique.—(*Idem, angustiado.*) ¡¡Socorro!!...

Julia.—(*Por la segunda derecha.*) Pero ¿qué te pasa, hombre? ¿Todavía no estás contento? ¿No te basta un escándalo?

Enrique.—No, mujer; si no es eso; si es que estoy llamando a las criadas y no viene ninguna.

Julia.—¡Ah, cabecita hueca! ¿Y cómo han de venir? ¿Pues no sabes que ayer las despedimos?

Enrique.—¿A todas?

Julia.—A las doce.

Cienfuegos.—¿Que tenían ustedes doce?

Julia.—(*A Cienfuegos.*) No, señor; que despedimos a todas a las doce del día; porque declararon la huelga de "pucheros caídos" y nos dejaron sin comer. (*A Enrique.*) ¡Hijo mío! ¡Estás hoy que no das una!

Enrique.—Es verdad, sí; no me acordaba.

Julia.—(*A Enrique.*) Tenemos una nueva doncella que se llama Petra. ¿Qué es lo que tú querías?

Enrique.—Una cerilla para el Director... si puede ser.

Julia.—Sí, hombre; y veinte mil.

Cienfuegos.—No; una nada más; pero que encienda.

Julia.—(*A Enrique.*) Y ¿por qué no has tocado el timbre?

Enrique.—Porque... ¡Pero tú estás en Babia! ¿No te he dicho mil veces que lo descompusieron ayer tarde los chicos de la portera.

Julia.—¡Ay, sí; tienes razón!

Enrique.—¡Un día mato a uno!

Julia.—Déjate, no te apures. Yo misma iré por las cerillas. (*Vase foro.*)

Cienfuegos.—(*Viendo salir a Julia. Aparte.*) ¡Es un ángel! Con artes diabólicas; ¡pero es un ángel! (*A Enrique.*) Usted, ¿tendrá un despacho?

Enrique.—Claro... naturalmente.

Cienfuegos.—Condúzcame, pues, que allí consumiré el cigarro. No es correcto el ahumar el gabinete de una dama.

Enrique.—No haga usted caso. El humo del tabaco es incienso.

Cienfuegos.—Sin embargo, yo insisto...

Enrique.—Bueno; vamos allá. (*Aparte.*) ¿Y dónde tendré yo el despacho? (*Mirando interrogativamente en torno suyo, recorre la escena sin rumbo fijo, se detiene un segundo en cada puerta y da dos vueltas en torno a la "chaise-longue". Cienfuegos le sigue paso a paso y, al fin, abre Enrique resueltamente la puerta primera derecha.*) Pase usted.
Cienfuegos.—(*Va a pasar y se detiene bruscamente.*) ¡Cómo! ¿Se burla usted de mí?
Enrique.—¿Yo?
Cienfuegos.—¡Si esto es un cuarto de baño!
Enrique.—(*Mirando al interior.*) ¡Toma! ¡Pues es verdad! ¿Ve usted cómo esta casa es un puro desorden? Se pasan el día cambiándolo todo. Las criadas, ya lo ha oído usted: en un momento, todas a la calle. Ayer tenía yo aquí mi despacho; pues hoy me lo han convertido en cuarto de baño. ¡Esto es horrible!
Cienfuegos.—(*Jovial.*) Lo que veo es que le quitan a usted cuanto posee: la servidumbre, el despacho, los timbres, todo; hasta la amante... (*Ríe.*) ¡Ja, ja!... (*Se sienta en la "chaise-longue".*)
Enrique.—¿La amante?
Cienfuegos.—Claro: "La Castiza", que estará ahora con ese amigo de usted tan pintoresco.
Enrique.—¡Ah "La Castiza"!
Cienfuegos.—(*Aparte.*) ¡A ver si logro que se marche!
Enrique.—¿De modo que usted cree que me engaña con Paco? (*Ríe.*) ¡Ja, ja, ja!...
Cienfuegos.—Así parece. (*Ríe.*) ¡Ja, ja, ja!
Enrique.—(*Se sienta junto a Cienfuegos.*) ¿Recuerda usted la escena de esta mañana? ¡Ja, ja, ja!
Cienfuegos.—¡Pues ya lo creo! ¡Ja, ja, ja!... (*Ríen los dos con ganas.*)
Paco.—(*Por la primera izquierda.*) ¡Vaya por Dios! ¿Aún dura la risita? ¡Pues sí que la han cogido ustedes con cariño!
Enrique.—(*Sorprendido.*) ¡Paco!... (*Sigue riendo.*)
Cienfuegos.—(*Idem.*) *¡Ecce-Homo!* (*Idem.*)
Paco.—(*Remedando, molesto, la risa de don Próspero.*) ¡Jo, jo, jo!... (*A Enrique.*) Pero oye, tú, ¿qué haces aquí?
Enrique.—Pues ya lo ves, reirme.
Cienfuegos.—¡Ja, ja! ¡Es jocoso! ¡Se extraña de verle en su propia casa!
Paco.—¿Tu propia casa ésta?
Enrique.—Naturalmente, hombre. Ven y te presentaré a mi mujer. (*Trata de llevárselo por el foro.*)
Paco.—(*A Enrique, después de pasear la vista por la escena.*) Oye, oye: ¿me juras que yo no estoy borracho?
Julia.—(*Por el foro, con una caja de cerillas, que*

entrega al Director.) Aquí las tiene usted. (*Advirtiendo la presencia de Peña. Aparte.*) ¡Paco!

Enrique.—(*A Julia.*) Ven acá. Te presento a mi amigo Paco Peña, de quien tanto me has oído hablar. (*A Paco. Muy marcado.*) MI MUJER.

Paco.—(*Turbadísimo.*) ¿Tú?... ¿Usted?... ¡Señora!...

Julia.—(*Con gran aplomo.*) Caballero... Celebro mucho... Sé que es usted un buen amigo de... MI MARIDO... (*Muy marcado, también.*)

Paco.—(*Desconcertado y azoradísimo. Aparte.*) ¡Espantoso! (*Alto.*) Señora... Beso a usted la mano. Señores... A los pies de ustedes... (*Después de entregarle la llave a Cienfuegos y tropezar en una silla, derribándola, y caerse sobre la "chaise-longue" y tratar de salir por la chimenea, se marcha por el foro, diciendo aparte.*) ¡Pobre Enrique! ¡Espantoso!

Enrique.—(*Riendo.*) ¡Que te alivies!

Cienfuegos.—(*Idem.*) ¡Ese hombre está ebrio!

Julia.—Voy a ver un instante... (*A Cienfuegos.*) Con permiso.

Cienfuegos.—(*Inclinándose.*) Señora...

Julia.—(*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja!... (*Mutis segunda derecha.*)

Enrique.—(*Por Paco.*) ¡Pobre amigo mío! ¡Cómo está! ¿Eh?...

Cienfuegos.—Por lo menos, ya sospechaba él su embriaguez.

Enrique.—Siempre fué aficionado... (*Acción de beber.*)

Petra.—(*En la puerta del foro, anunciando.*) El señor Rodríguez. (*Cierra las cortinas de la alcoba.*)

Enrique.—¿Rodríguez?... (*Aparte.*) ¿Quién será este Rodríguez?

Cienfuegos.—¿No sabe usted quién es?

Enrique.—¿No he de saber? Pues claro que lo sé. Y usted también... ¡Rodríguez!... ¡El famoso Rodríguez!...

Cienfuegos.—... No caigo...

Enrique.—Pero ¿qué hace usted que no cae... (*Aparte.*) ¡Y se rompe la crisma!

Cienfuegos.—Rodríguez...

Enrique.—Sí, hombre; ese Rodríguez tan gracioso... que siempre está de broma... Pero se pone muy pesado. (*A Petra.*) Dígale que no estoy.

Petra.—Tiene que hablar con la señora, y yo le he dicho ya que estaba en casa.

Enrique.—¡Pues me ha matado usted!

Rodríguez.—(*En la puerta del foro con el libro de la subasta bajo el brazo.*) Servidor...

Enrique.—¡Adelante, Rodríguez, adelante! (*Aparte a Cienfuegos.*) Verá usted qué gran tipo. (*Rodríguez, avanza; Petra, se marcha por el foro.*) ¿Qué cuenta

usted de nuevo? (*Dándole la mano.*) ¡Tanto tiempo sin verle!

Rodríguez.—(*Confuso y arrimando sus gafas a las narices de Paredes.*) Usted dispense... No recuerdo...

Enrique.—(*A Cienfuegos. riendo.*) ¿No le decía a usted? Ya empieza.

Cienfuegos.—No le veo la gracia.

Rodríguez.—(*A Enrique.*) ¿Ha venido a llevarse algún mueble?

Enrique.—(*A Cienfuegos, con risa forzada.*) ¡Ja, ja!... ¿Oye usted? ¡A llevarme algún mueble!... ¡Ja, ja!... ¡Vamos, le daba así!... (*Amagando en broma a Rodríguez.*)

Cienfuegos.—(*Aparte.*) ¡Cuánta majadería!

Rodríguez.—Quisiera hablar con la señora...

Enrique.—¿Con... mi mujer? (*Aparte, rápido a Cienfuegos.*) Ahora verá usted.

Rodríguez.—¿Su mujer?... ¿Pero la señora se ha casado de repente?

Enrique.—(*Congestionándose de risa y dando tal manotazo a Cienfuegos que le sienta en la "chaise-longue"*. ¡De repente, dice!... ¡Ja, ja, ja!... ¡De repente!... (*Le da a Rodríguez un afectuoso metido en la barriga. El pobre está asustado.*)

Rodríguez.—Vengo con motivo del día...

Cienfuegos.—(*A Enrique.*) ¿Son los días de su esposa de usted?

Enrique.—(*A quien ya le da igual una cosa que otra.*) Sí, eso es, en efecto... Son sus días...

Cienfuegos.—¡Y yo que lo ignoraba!

Enrique.—¡Y yo!... Todos los años me sucede lo mismo.

Cienfuegos.—Pues va usted a permitirme un momento. Vuelvo inmediatamente. (*Vase por el foro.*)

Enrique.—Y usted, señor Rodríguez, a quien no conozco ni por el forro, tenga la bondad de acompañarme a ver a la persona que busca. (*Hace mutis por la segunda derecha, llevándose a Rodríguez.*)

Rodríguez.—¡Ya lo decía yo! (*Mutis.*)

Petra.—(*Que aparece en el foro, precediendo a la señora de X y a la señorita Z.*) Aquí pueden ustedes esperar.

La señora X.—(*A Petra.*) Y ¿dice usted que empieza pronto la subasta?

Petra.—No tardará ya mucho. (*Vase por el foro.*)

La señora X.—(*A la señorita Z, que está pasando revista minuciosa a todo cuanto ve en escena.*) No curiosees, niña; no curiosees.

La señorita Z.—(*Que cuenta diez y siete años de vivir en el Limbo y habla con media lengua.*) ¡Ay, mamaíta!; *puel pala* qué *hémol* venido aquí, sino *pala calioseal-lo* todo?

La señora X.—(*Con severidad.*) ¡Niña!...
La señorita Z.—*Puel* tú *milma* lo *hal* dicho en *caza*: que no *queliaz complal* nada; que no *queliaz maz* que *filgoneal* un poco...
La señora X.—¡Pero, niña...!
La señorita Z.—... que te *gultalía zabel* cómo vive *elta pelindluzca*...
La señora X.—(*Furiosa.*) O te callas inmediatamente, o nos vamos a casa.
La señorita Z.—¡Ay, a *caza!* ¡Ja, ja! ¡Qué *riza! ¡Zi, zi! Cualquiel* día te *malchaz* tú de aquí *zin habel filgoneado halta lol tlapitol* de la cocina.
La señora X.—¿Te callas, sí o no?

(*Por el foro viene el Caballero H, que hace una inclinación de cabeza ante las dos curiosas, y se lanza él también a curiosear.*)

La señorita Z.—Bueno, me callo *polque* ha venido un pelma; que *zi no*, me *eltaba* hablando aquí *halta* mañana, *zi Diol quiele. Polque ezo* de que tú me *dígaz* a mí una *coza* cuando *eltámoz* en *caza* y luego cuando *eltámoz* en *otla caza* me *dígaz otla coza*..., *vámoz*, que no *eltá* ni medio decente *ziquiela*.
La señora X.—(*Que está "negra".*) ¡Sí, hija, sí! ¡Tienes mucha razón!
La señorita Z.—¡Toma, y tanto!
La señora X.—¡La culpa tengo yo por haberte traído!
La señorita Z.—*Puel* no *habelme tlaído*.
La señora X.—¡Idiota, más que idiota!
La señorita Z.—*Puez* hija tuya *zoy*.
La señora X.—¡Desvergonzada!
La señorita Z.—*Puez* tú me *haz* educado.

(*La mamá se aparta, bufando, de la niña, por no acogotarla.—Vienen por el foro, y con ligeros intervalos, todas las señoras y caballeros de que pueda disponer la Empresa que monte esta obra; siempre que no pasen de una docenita, ¿eh? No hay que exagerar.*)

El señor H.—(*Saca una pitillera y pregunta a las damas.*) ¿Les molesta a ustedes el humo?
La señora X.—No, señor.
La señorita Z.—Nada de *ezo*. Mamá, fuma también. (*La aludida fulmina una mirada terrible, que va a estrellarse contra una estúpida carcajada de la niña.*) ¡Ja, ja!...
El señor H.—(*Ofreciendo sus pitillos a la señora.*) Si le gustan de estos...
La señora X.—(*Apurada.*) No, por Dios; muchas gracias. (*El caballero no insiste y fuma.*)
Cienfuegos.—(*Por el foro, con un ramo de flores. Aparte.*) ¡Qué concurrencia!

Enrique.—(*Por la segunda derecha. Aparte.*) ¡Qué atrocidad!... ¡Esta mujer tiene besamanos!... Por fortuna se marchó don Próspero. Y yo me voy también. (*Ha bajado hasta el primer término y se vuelve hacia el foro.*)

Cienfuegos.—(*Cerrándole el paso.*) Ya estoy de vuelta. (*Enrique eleva una mirada harto elocuente.*) Usted me permitirá, amigo Paredes, que ofrende estas florecillas a su esposa con motivo de su fiesta onomástica.

Enrique.—Es mucha molestia... (*Aparte.*) ¡¡La mía!!

Cienfuegos.—¡Vamos! ¡No hay que hablar de ello! (*Transición.*) Pero ¡cuánta gente ha venido!

Enrique.—(*Rápido.*) A eso... A felicitar a mi mujer.

Cienfuegos.—¿Quién es aquella dama del sombrero grande?

Enrique.—(*Apurado.*) ¿Aquella dama ... Pues... no le veo la cara. ¡Claro, con el sombrero!... (*La señora en cuestión vuelve la cara en este instante, de modo que se la vea bien.*)

Cienfuegos.—Mire; ahora la muestra.

Enrique.—¡Ah, sí!... Esa es la... la señora de Gutiérrez.

Cienfuegos.—¿De qué Gutiérrez?

Enrique.—Pues... de Gutiérrez; de don Jenaro Gutiérrez. Mire usted... allí está don Jenaro, saludando. (*Saluda con la mano, sin que le conteste nadie.*) Buenas tardes.

Cienfuegos.—Preséntеme usted a esa señora.

Enrique.—¿Que le pres...? Imposible, don Próspero.

Cienfuegos.—(*Sorprendido.*) ¿Por qué?

Enrique.—Pues... sencillamente; porque no la conozco.

Cienfuegos.—¿Y acaba usted de saludar al marido?

Enrique.—Como que don Jenaro y yo jugamos a carambolas todos los domingos; pero a ella no la trato.

Cienfuegos.—¿Y aquella joven? (*Por la señorita Z.*)

Enrique.—¿Aquélla?... La señorita de Farabuticálito. (*Aparte.*) ¡Yo sudo tinta!

Cienfuegos.—Preséntеme.

Enrique.—¡Oh, no se lo aconsejo, querido Director! Es una criatura antipática y tonta de remate...

Cienfuegos.—No empece; es muy linda.

Enrique.—Bueno, bueno; se la presentaré; pero no va usted a sacar nada en limpio. (*Llamándola.*) ¿Señorita?...

La señorita Z.—*¿Ez a mí?*

Enrique.—Sí; un momento. (*Acércase la joven con*

gesto de extrañeza.) Tengo el honor de presentarle a usted al señor de Cienfuegos. La señorita Calebu-rebarcis (*u otro camelo por el estilo. Y, cometida esta heroicidad, escabúllese Enrique y hace mutis por segunda derecha.*)

Cienfuegos.—Estoy a sus plantas.

La señorita Z.—*¿Eztaz flólez zon pala* mí?

Cienfuegos.—No sé... No sé cómo ofrecérselas a usted... (*Sin hacer el menor ademán para ofrecérselas.*)

La señorita Z.—(*Tomándolas.*) ¡Ay, *múchaz gláciaz*! *¡Ez* muy bonito *lamo!*

Cienfuegos.—(*Aparte.*) ¡Y decía Paredes que era tonta!

La señorita Z.—(*Contemplando el ramo.*) *¡Zi, zi!*

Cienfuegos.—¿Cómo?

La señorita Z.—¡Que *zi!* Que *ez* muy bonito.

Cienfuegos.—¿Viene usted a felicitar a Blanquita?

La señorita Z.—¿A Blanquita?... ¿Y quién *ez* Blanquita?

Cienfuegos.—La señora de Paredes.

La señorita Z.—*¿Parédez?...* ¿Y quién *ez Parédez*?

Cienfuegos.—(*Aparte.*) ¡Ah, pues sí que es tonta! (*Alto.*) ¿No conoce usted a ese señor que nos ha presentado?

La señorita Z.—*Ez* la *plimela* vez que le veo en mi vida.

Cienfuegos.—(*Aparte.*) ¡De remate! (*Alto.*) A los pies de usted. (*Vase de prisa por el foro.*)

La señorita Z.—*Bezo* a *uzted* la mano. ¡Qué *lalo ez ezte zeñol!*

Rodríguez.—(*Que sale por la segunda derecha y hace sonar una campanilla que trae en la mano.*) Damas y caballeros: Va a dar comienzo la subasta por el comedor. Tengan la bondad de seguirme. (*Se dirigen hacia la puerta segunda de la izquierda.*)

La señora X.—(*A Rodríguez, deteniéndole.*) Oiga usted, subastero: Yo quisiera ver la cama únicamente, porque tengo prisa y...

Rodríguez.—Perdón, señora; pero debemos proceder con orden. Primero, vamos al comedor; luego, a este gabinete; de aquí, al cuarto de baño...

La señora X.—¿Y la cama?

Rodríguez.—Después del baño, iremos a la cama. Servidor. (*A todos.*) Tengan la bondad. (*Vase por la izquierda, agitando la campanilla y seguido de todos los que están en escena. Enrique viene por la segunda derecha y se mete en la alcoba.*)

La señorita Z.—(*A su mamá.*) ¡Anda, qué bien que *ze* ha quedado contigo el tío *eze* de la campanilla!

La señora X.—¿Conmigo?...

La señorita Z.—*Zi*, contigo; contigo. (*Se encaminan a la segunda izquierda.*)
La señora X.—Y ¿se puede saber de dónde has sacado tú esas flores?
La señorita Z.—*Puez* de un *almiladol* que me *laz* ha *tlaído.*
La señora X.—¿Admirador de quién?
La señorita Z.—¡Ay, qué *glacioza! ¡Almiladol* de *miz encántoz!*
La señora X.—¡Ya te daré yo encantos!
La señorita Z.—*¿Pala* qué *máz? Zi* con *loz* que me *hal* dado tengo *baltántez!* (*Hacen mutis por la segunda izquierda.*)
Enrique.—(*Por la alcoba, con el sombrero puesto, el gabán al brazo y el saquito en la mano.*) Basta de sofocones... ¿El ascenso está ya en mi bolsillo?... Pues a la calle. (*Va a marcharse por el foro; pero se vuelve bruscamente.*) ¡¡Atiza!! ¡¡Mi mujer!!... (*Se mete, rápido, en la alcoba.*)
Blanca.—(*Que viene por el foro, muy nerviosa, vuelve la cara en el umbral para ver si la siguen, y dice a Paco, que aparece detrás.*) ¿También aquí? (*Avanza con disgusto.*)
Paco.—Pero, prenda adorada, ¿de dónde me va *usté* a prohibir el aterrizaje en un sitio público, en el que se celebra una subasta pública, organizada por una mujer amiga mía? ¿A fundamento de qué?
Blanca.—Pues de que soy casada y me molestan los moscones.
Paco.—(*Con sonrisita incrédula.*) ¡Casada! ¡Pero qué ha de ser usted casada, si *tié usté* una vitola de soiterita que tumba de espaldas!
Blanca.—¡Bueno!
Paco.—Vamos a ver. ¿A que no me dice *usté*, así de pronto y sin pensarlo, cómo se llama su marido de *usté*?
Blanca.—Don Enrique Paredes y Rubio. Más de pronto...
Paco.—(*Sorprendido.*) ¿El secretario del Ferrocarril Peninsular?
Blanca.—El mismo.
Paco.—(*Sonriendo, burlón, y chascando sus dedos junto a la nariz de Blanca.*) ¡Bien, preciosa! Esta vez ha *sío* en la herradura.
Blanca.—¿Cómo?
Paco.—Que a Enrique Paredes le conozco cual si le hubiera *dao* el pecho. Y a su señora, también.
Blanca.—Y... ¿quién es su señora?
Paco.—Julia Romero, alias "la Castiza", artista del Kursaal y dueña del domicilio donde *usté* y

yo nos encontramos en el actual momento histórico.

Blanca.—¡Vamos, usted está tonto... o borracho... o qué sé yo!... ¡Déjeme usted en paz! (*Se dirige a la primera izquierda. Aparte.*) A ver si es por aquí. (*Mutis.*)

Paco.—(*Yendo hacia ella.*) Pché, pché, pché... ¿Pero qué es eso de borracho?... (*Deteniéndose junto a la puerta.*) ¡Vaya!... Segunda *combina* que pierdo esta tarde y segunda vez que me la desbarata Enrique. En cuanto que le vea le digo: "Oye, tú: eres un..."

Enrique.—(*Que sale a tiempo de la alcoba para cortar la frase y poniendo una mano sobre un hombro de Paco.*) Eres un imbécil.

Paco.—(*Estupefacto.*) ¿Eh?...

Enrique.—(*Saliendo.*) La que has creído que no es mi mujer, es mi mujer, y la que has tomado por mi mujer, no es mi mujer. (*Se dirige al foro.*)

Paco.—(*Sin comprender.*) Pero oye, oye, tú...

Enrique.—Vente a la calle y te lo explicaré. (*Va a hacer mutis y se vuelve, contrariadísimo.*) ¡¡Mil rayos!!... (*Asiendo a Paco por un brazo.*) ¡Corre!... (*Entra precipitadamente por la primera derecha, remolcando a Paco.*)

Paco.—¿Pero qué es esto?... (*Mutis, asombradísimo.*)

Cienfuegos.—(*Por el foro, con un ramo de flores, mayor que el anterior.*) Vamos a ver si ahora se me ofrece ocasión de entregar estas flores a su gentil destinataria.

Blanca.—(*Por la primera izquierda.*) ¡Por aquí no hay señales de subasta! (*Sin advertir la presencia de don Próspero, se dirige a la primera derecha.*)

Cienfuegos.—(*Reparando en Blanca. Aparte.*) ¡Tate! ¡Una damita! (*Alto.*) ¡Ejem...!

Blanca.—(*Que vuelve la cabeza y reconoce con terror a Cienfuegos. Aparte.*) ¡¡El loco!!

Cienfuegos.—(*Avanzando lentamente hacia ella, con amable sonrisa. Aparte.*) No hay duda, es "La Castiza".

(*Blanca va a entrar en la primera derecha; pero se detiene al oír lo que sigue.*)

Cienfuegos.—No, no penetre usted en esa estancia. Ya no hay despacho ahí. Ahora es cuarto de aseo.

Blanca.—(*Aparte.*) ¿Y por qué andará suelto este hombre?

Cienfuegos.—Me sorprende y me asombra que se atreva usted a invadir el hogar de su amante.

Blanca.—(*Aparte y mirando angustiada a todos los lados.*) ¿Cómo no vendrá gente?

Cienfuegos.—En verdad que es insólito; mas no carece de gracia esta osadía.

Blanca.—(*En un arranque de indignación.*) ¡Para osadía, la de usted! ¿Puedo saber con qué derecho...?

Cienfuegos.—Vamos, vamos, quebradiza muñeca; no te enojes porque poseo tu secreto. Aunque tú engañes a Paredes, no te aflijas; ¡también le traiciona su cónyuge! (*Ríe.*)

Blanca.—¡Dios mío...! (*Rompe a llorar, metiendo la cara entre las manos y dejándose caer sobre la "chaise-longue".*

Cienfuegos.—¡El nos valga!... ¡Ya brotó el llanto!... (*Ofreciéndole el ramo con dulzura extremada.*) Alza y toma... Acéptame estas débiles florecillas, humildísima ofrenda que hago a tu hermosura. Tómalas... tómalas...

Blanca.—(*Irritada.*) ¡Es usted un grosero! (*Le arrebata el ramo, lo arroja al suelo con violencia y lo pisotea furiosamente.*)

Cienfuegos.—No puedo parar mientes en injurias que dicta el histerismo.

Blanca.—¡¡Quite usted de mi vista!!

Antón.—(*En el foro.*) ¡Rediez! (*Se escupe en las palmas de las manos, se las frota y empuña la vara con las dos.*)

Cienfuegos.—Cuanto más trágica te muestras, son más apetecibles tus encantos. (*Intenta acariciarla, y Blanca le sacude un bofetón.*) ¡Diablo...!

Antón.—¡Y *aura*, voy yo! (*Cierra a varazos contra el bellaco de don Próspero, que procura esquivar los golpes.*) ¡¡So morral!!...

Cienfuegos—¿Pero qué hace este bárbaro? (*Huye por la segunda derecha.*)

Antón.—¡Corre, corre, *pájaro*, que ya *cairás!* (*Transición. A Blanca.*) ¿Y se *pué* saber qué buscabas tú en esta casa?

Blanca.—¿No recuerda usted que le hablé de una subasta de muebles?...

Antón.—¡Ah, sí! Y *aura m'alcuerdo* de que *endenantes* me habló *tamién d'una* subasta la chica que *m'abrió* la puerta.

Blanca.—¿Y usted, viene a lo mismo?

Antón.—Sí... eso es... a lo *mesmo*. Pero yo ya *hi* visto los muebles. *Aura golvía porqui perdío* el billete del teatro. (*Busca por el suelo.*)

Blanca.—¿El billete?... ¿No será ese papel que lleva en el sombrero?

Antón.—(*Que se quita el sombrero y ve el billete donde él lo colocó.*) ¡Bestia de mí! ¡Pues es *verdá*! No *m'acordaba* de que lo puse aquí *endenantes*. ¡Si ese tío me ha *mareao*. (*Por Cienfuegos.*)

Blanca.—Pues ya no merece la pena de que se moleste usted en ir. Mientras llega usted a Apolo, se ha terminado la función.

Antón.—¡Bueno! ¡Qué *himos* de *hacele*! *T'acompa-*

ñaré tan y mientras. (*Se guarda el billete en la faja*.)

Blanca.—Y ¿por qué guarda ese billete? ¿No ve que ya no vale? Tírelo por ahí.

Antón.—¿*Tiralo*?... ¡Quiá, quiá! Bien se está guardadico, que *paiso* ha *costau* los dineros.

(*Dentro suena la campanilla de Rodríguez, acompañada de rumor de voces.*)

Blanca.—Por aquí se oyen voces. Vamos. (*Vase por la segunda izquierda.*)

Antón.—(*Lanzando una mirada amenazadora a la segunda derecha.*) ¡Tengo unas ganas de *golver* a agarrar al *diretor, pa hacelo piazos*...! (*Mutis segunda izquierda.*)

Cienfuegos.—(*Asoma con recelo por la segunda derecha.*) ¡Que se imagina usted eso; pero que no es exactamente eso! (*Sale.*) ¡Vaya un irracional! Por dicha mía pude esquivar sus coces. Y ahora, como no es bien que yo me evada de este nido sin conocer el *ultimátum* de su dueña, procedamos a la busca y captura... (*Reparando de pronto en el maltrecho ramo que salpica la alfombra.*) ¡Qué lástima de vegetales!... ¡Un detalle tan decisivo! (*A Petra, que viene por el foro y se dirige a la primera derecha.*) ¡Hola!

Petra.—(*Se detiene. A don Próspero.*) ¿Desea algo el señor?

Cienfuegos.—Mira, dulce sirvienta: ¿serías tan gentil que adquirieras en la tienda de flores más próxima una canastilla guarnecida? (*Sacando su cartera.*)

Petra.—¿De qué precio?

Cienfuegos.—(*Le entrega un billete de diez duros.*) Abonas cuarenta pesetas, y lo restante es tuyo.

Petra.—Muchas gracias. ¿Y...?

Cienfuegos.—Tornas aquí y me haces entrega de ello.

Petra.—En seguida. (*Aparte.*) ¡Vaya un tío *finústico!* (*Vase foro.*)

Cienfuegos.—Con tal de que mi florilegio no se malogre una vez más... (*Subiendo hasta la puerta del foro.*) Y esta sierva tampoco es deleznable. Yo debí requebrarla... (*Escucha bruscamente.*) ¿Eh?... ¿Esa voz...? (*Asustadísimo.*) ¡Porra...! ¡Mi consorte dialoga con la fámula?... Y está aquí "La Castiza"... Próspero: esfúmate. (*Alza la tapa de la "chaise-longue".*) Aquí la asfixia es problemática; pero en las zarpas de esa fiera es un hecho seguro. (*Abre el arcón. Una vez dentro, deja caer la tapa sobre él.*)

Julia.—(*Que asomó por la segunda derecha a tiempo de presenciar el autoescamoteo de Cienfuegos, se sorprende y se ríe.*) ¡Miren, el bribonzuelo! No le falta detalle de hombre conquistador! (*Se asoma

por la puerta del foro y escucha un instante.) ¡Ah, vamos, ya comprendo! (*Riéndose, hace mutis por la segunda izquierda.*)

Paco.—(*Que sale con Enrique por la primera derecha.*) ¡Qué bárbaro!... Pero, oye, oye: toda esa historia que me acabas de colocar, ¿no es un delirio de tu alocada fantasía?

Enrique.—Mi palabra de honor. (*Pasea por la escena.*)

Paco.—(*Sentándose, medio tumbado, en la "chaise-longue"*. Pues, chico, di tú que con ese argumento no hay autor dramático que te dispute la flor natural. Nunca te he tenido por torpe; ¡pero, *gachó*, con esto, me has *quitao* la cabeza!

Enrique.—Soy "un hacha", ¿verdad?

Paco.—De siete filos y con mango de nácar.

Enrique.—¿Si habrá vuelto don Próspero?

Paco.—Quiá, hombre. El socio ese debe estar la mar de *acharao*. ¡Cualquiera sabe dónde se ha metido! ¡Como no sea con los rayos X...!

Enrique.—¡Mira tú que es granuja! (*En este momento ha llegado Enrique, con naturalidad, hasta la "chaise-longue" y se sienta sobre ella.*)

Paco.—¡Calla, hombre! ¡Ese don Próspero es de más abrigo que una pelliza! Y, como sinvergüenza, se puede presentar fuera de concurso.

Enrique.—Si algún día le tuviese yo debajo de mí, te aseguro que le daba un disgusto.

Paco.—Pues más debajo que le *tiés* ahora... Con el ascenso en el bolsillo, que ya no te lo quita ni el "Noy del Sucre"... ¡a ver! Ese *gachó* ya no respira.

Enrique.—¡Así se ahogara; criminal! (*Descargando un puñetazo sobre la "chaise-longue".*)

Paco.—Si yo fuera *casao* y *empleao* suyo, ¡vamos, hombre!, a ese tío le levantaba yo la tapa.

Enrique.—Y puede que le hicieras un favor.

Paco.—¿Ah, sí?

Enrique.—Pues, claro; porque acababa de una vez. Lo que hay que hacer es esto: responder al engaño con el engaño; envolverle en sus propias redes de tal modo, que se encuentre encerrado y no pueda salir.

Paco.—Tal vez tengas razón. En fin, yo voy a ver si encuentro a tu señora y a pedirla perdón en cuatro patas.

Enrique.—No está mal.

Paco.—He sido un burro, sí; un pedazo de buey; una mala bestia, que no tira de un carro porque lo haría polvo a coces.

Enrique.—(*Riendo.*) ¡Hombre, por Dios...!

Paco.—¡Maldita sea...! (*Mutis por la segunda izquierda.*)

Enrique.—(*Se pone en pie.*) Y yo, a la calle, que aquí me estoy ahogando. (*Va a dirigirse al foro y tropieza con doña Patricia, que viene por allí.*) ¿Cómo? ¡Doña Patricia...!

Patricia.—¿Usted por aquí?

Enrique.—Eso le pregunto a usted yo.

Patricia.—Pero, ¿usted sabe que esta casa es la de "La Castiza"?

Enrique.—Eso le pregunto a usted yo. Y, como usted no contesta a nada de lo que yo pregunto, pues me voy. (*Va a marcharse; pero ella le detiene.*)

Patricia.—No, que le necesito. En el Kursaal me dieron estas señas, y vengo decidida a llevarme el moño de esa golfa o los bigotes de mi esposo.

Enrique.—Usted no repara en pelos.

Patricia.—Y usted, ¿a qué ha venido?

Enrique.—Pues... a eso... a lo mismo... a espiar a don Próspero. ¿No me dió usted el encargo?...

Patricia.—Sí, sí. Y, ¿le ha visto usted?

Enrique.—Se ha marchado hace rato. Vámonos.

Patricia.—(*Sujetándole.*) ¡Cá! Está aquí todavía. La criada acaba de decírmelo. Y yo daré con él, aunque se oculte en el infierno. Venga usted, venga usted... (*Váse por la segunda derecha.*)

Enrique.—(*Contrariado y aparte.*) ¡El ascensito me cuesta a mí una enfermedad de las graves! (*Váse detrás de doña Patricia.*)

Blanca.—(*Por la segunda izquierda.*) Yo, a pesar de mi padre, estoy muerta de miedo. A ese maldito loco le veo ya por todos los rincones... (*La tapa de la "chaise-longue" se levanta, y Cienfuegos asoma la cabeza, como para salir. Blanca le ve y, horrorizada, lanza un grito y se va a toda prisa por el foro. Don Próspero se asusta, y vuelve a dejar caer la tapa sobre él.*)

Patricia.—(*Por la segunda derecha.*) Le digo a usted que pienso registrar hasta las paredes.

Enrique.—(*Saliendo también.*) Muy bien; pero a mí no me va usted a registrar. Con que permítame que me retire.

Patricia.—¿Y será usted capaz de abandonarme a los peligros de una casa como esta?

Enrique.—¡Señora; para usted no ofrece ninguno.

(*Suena, dentro, la campanilla de Rodríguez.*)

Patricia.—(*Escuchando.*) Se oyen campanas...

Enrique.—Pero no sabemos dónde. Vámonos.

Patricia.—Calle usted. (*Va a escuchar y a mirar por la puerta segunda izquierda. Dentro suenan rumores

y campanillazos.) Pero ¿qué es esto? ¡Tanta gente!

Enrique.—Nada... que están jugando. Vámonos.

Patricia.—Y no veo a mi esposo.

Enrique.—Como que se ha marchado. Vámonos.

Julia.—(*Por la segunda izquierda.*) ¡Doña Patricia!

Patricia.—(*Sorprendida.*) ¡Señora...! (*Se saludan con amabilidad.*) ¡Usted en esta casa!

(*Forman un grupo junto a la puerta primera izquierda.*)

Julia.—(*Con naturalidad.*) Claro.

Enrique.—(*Aparte.*) ¡Adiós!

Julia.—¿Dónde mejor que donde se halla mi marido?

Patricia.—(*A Enrique.*) ¡Ah!, ¿luego usted...?

Enrique.—Sí señora; la traje, porque para estas cosas las mujeres tienen mejor olfato.

Julia.—Según. Unas más que otras. Porque las hay que no se huelen nada. (*Con intención.*)

Patricia.—¡Pobrecilla! ¡Tan candorosa, y metida en un antro como éste!

Julia.—¡Bah! ¿Querrá usted creer que me encuentro aquí como en mi propia casa? ¿Verdad que sí, Enriquito?

Patricia.—¡*Lo que hace la inocencia!*

Enrique.—¡Oh!

Rodríguez.—(*Por la segunda izquierda, agitando la campanilla y seguido por los licitantes, a excepción de Paco y de Antón.*) Vengan, vengan... síganme todos. (*Forman un grupo en la alcoba, quedando las cortinas descorridas.*)

Patricia.—¿Pero qué hace ese hombre con tanto campaneo?

Enrique.—(*Confuso.*) Pues... ¿sabe usted...?

Julia.—(*A Enrique.*) ¡Qué ha de saber, la pobre, si lo está preguntando! (*A doña Patricia.*) Este es un nuevo juego americano, que se halla muy de moda en sociedad.

Patricia.—¿Un juego?

Julia.—Un juego, sí. Consiste en coger una campanilla con dos dedos y estar hablando hasta que se le caiga a uno la campanilla.

Patricia.—¡Qué atrocidad!

Enrique.—¡Enorme!

Rodríguez.—Damas y caballeros... (*Golpe de campanilla.*)

Patricia.—¡Y siempre habla el mismo!

Julia.—¡Es el campeón! (*Por la segunda izquierda salen Paco y Antón.*)

Rodríguez.—(*Va a la "chaise-longue".*) Aquí tenemos un precioso mueble...

Julia.—(*Acercándose a él e interrumpiéndole.*) No, amigo Rodríguez. He pensado no vender este mueble. Es un recuerdo de familia y me lo piden des-

de Cádiz. Atelo bien, precíntelo y factúrelo hoy mismo. (*Vuelve junto a doña Patricia.*)

Rodríguez.—Servidor.

La señorita Z.—¡Qué *láltima!* Y que debe *zelvil pala gualdal veltídoz.* (*Alza la tapa de la "chaise-longue" y descubre, asombrada, a Cienfuegos.*)

La señora X.—(*Reprendiéndola.*) ¡Niña!...

La señorita Z.—¡Ay, qué *glaciozo!... ¡Zi* hay un *zeñol* aquí!

(*Movimiento de curiosidad en todos. Don Próspero se incorpora, entre azorado y despavorido.*)

Todos.—¿Eh?... (*Cuadro.*)

La señorita Z.—¡Mi *almiladol*! ¡Qué *diveltido*!

Julia.—(*Después de una pausa.*) Vamos, no hay que alarmarse. Por lo visto, se trata de un viajero que quería ir a Cádiz sin billete.

Paco.—¡Atiza! ¡Vaya un fresco! (*A Cienfuegos.*) Oiga, y ¿qué pasa en Cádiz?

Patricia.—(*Que, vuelta ya de su estupor, mastica su coraje.*) Yo se lo diré a usted. (*Aproximándose a Cienfuegos y con acento que quiere ser mimoso, pero muerde.*) Anda, tesoro mío... Sal de ahí, que estarás muy incómodo.

(*Cienfuegos obedece.*)

Paco.—(*A voz en grito.*) Cuadro tercero: Nuestro Padre Noé sale del arca.

Cienfuegos.—Ya te explicaré...

Patricia.—¿Pero qué me vas a explicar? ¡Si está todo tan claro!

Cienfuegos.—He venido a buscar al secretario...

Patricia.—Y te has metido ahí a ver si estaba. Es lo más natural.

(*Los licitantes están divertidísimos con la escena surgida, y tampoco se aburren Julia, Paco, el señor Antón y el bueno de Rodríguez. Plegue al cielo que al respetable público le acontezca lo mismo.*)

Cienfuegos.—Esto ha sido una broma; pues, de haberse tratado de un loco devaneo, como tú recelas, no me hallarías de esta guisa. Me hubieras sorprendido ofrendando a la dama el agasajo de unas flores...

Petra.—(*Que ha entrado por el foro, sin que lo advierta el público, se interpone entre doña Patricia y don Próspero, y entrega a éste una cesta de flores.*) Aquí está su encarguito.

Patricia.—¿Y ahora? ¿También esto es para el secretario? ¡Anda, vamos a casa y llévame esas flores, que te las voy a poner para cenar.

(*Le cuelga del cuello el asa de la cesta, le agarra de un brazo y se dirige al foro.*)

Paco.—¡Próspero, eres un hacha!

Antón.—(*Deteniendo á Cienfuegos.*) Y *cueste* que tenía yo razón: ¡Peligros, *deciocho.* (*Doña Patricia se lleva por el foro a su marido, entre la burla general.*)

Julia.—(*Al público.*):

Si algún día se os ofrece
en forma resbaladiza
algún cargo que envilece,
escribid a "La Castiza".
Ya lo sabeis: Minas, 13.

(*Telón.*)

FIN DE LA HISTORIETA

Obras teatrales de Ramón López-Montenegro

LIBROS

El candidato.—Juguete cómico en un acto, original y en prosa.

La villa de Don Diego.—Caricatura bilbaína en un acto, dividido en cinco cuadros, original y en prosa y verso. Música de D. Víctor de Alvarado.

Después de la boda.—Juguete cómico en un acto, escrito en prosa sobre el pensamiento de una obra extranjera. (Segunda edición.)

Los perdigones.—Sainete en un acto, dividido en cuatro cuadros, original y en verso. Música de D. Víctor de Alvarado y D. Pedro Martínez.

El corral ajeno.—Juguete cómico en un acto, escrito en prosa sobre el pensamiento de una obra extranjera. Música de D. Alvaro de Luna.

La fiera Corrupia.—Caricatura italiana en un acto y en prosa.

¡¡Al cine!!—Caricatura madrileña en un acto, dividido en dos cuadros, original y en prosa. Música del mismo autor.

El suceso del día.—Sainete en un acto, dividido en cuatro cuadros, original y en verso. Música del mismo autor.

El primer espada.—Sainete en un acto, dividido en cuatro cuadros, original y en prosa. Escrito en colaboración con D. Julio Martínez Lecha. Música de D. Tomás Barrera.

Las hermanas Frescales.—Opereta bufa en un acto, dividido en dos cuadros en prosa y un prólogo en verso. Música de D. Tomás Barrera.

Cosas de cómicos.—Monólogo cómico en prosa, con incrustaciones en prosa y verso. Original.

"La Faraona".—Juguete cómico-lírico en dos actos y en prosa, inspirado en el asunto de una obra alemana. Escrito en colaboración con D. Federico Reparaz. Música de D. Cayo Vela y D. Enrique Brú.

¡¡A 5 céntimos!!—Revista cómico-lírico-gráfico-bailable en un acto, dividido en un prólogo y cinco cuadros, original y en prosa. Música de D. Manuel Quislant y D. Modesto Romero.

Yo amo, tú amas...—Monólogo cómico en prosa, con incrustaciones en prosa y verso. Original. (Segunda edición.)

Los de "la cola".—Sainete en un acto, original y en prosa. Música del mismo autor.

El señor Ulpiano.—Monólogo cómico en prosa, original.

¡¡El autor!!... ¡¡El autor!!...—Monólogo cómico en prosa, con incrustaciones mímicas. Original.

Los Gabrieles.—Historieta cómica en dos actos, original y en prosa. Escrita en colaboración con D. Ramón Peña. (Cuarta edición.)

La Concha.—Historieta cómica en tres actos y en prosa. Original y en colaboración con don Ramón Peña.

La línea de fuego.—Entremés en prosa. Original.

Los de Alcañiz.—Historieta cómica en un acto y en prosa. Original y en colaboración con don Ramón Peña.

El ascensor.—Historieta cómica en dos actos y en prosa. Original y en colaboración con don Ramón Peña.

El trancazo.—Historieta cómica en tres actos y en prosa. Original y en colaboración con don Ramón Peña.

Un tío castizo.—Entremés en prosa. Original.

Los que vienen de París.—Entremés original y en verso, con música del mismo autor.

¿Con quién hablo?—Monólogo cómico en prosa. Original.

Pulmonía doble.—Historieta cómica en un acto y en prosa. Original y en colaboración con don Ramón Peña. (Cuarta edición.)

El niño perdido.—Cuento escénico en dos actos y un intermedio. Original y en colaboración con D. Ramón Peña.

Una aventura en París.—Opereta en tres actos. Original y en colaboración con D. Ramón Peña. Música de D. Pablo Luna.

Los 40.—Humorada cómico-lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros. Original y con música de varios autores.

Segundo Tercero.—Historieta cómica en un acto y en prosa. Original y en colaboración con don Ramón Peña.

El Director es un "hacha".—Historieta cómica en tres actos y en prosa, inspirada en el asunto de una obra alemana y escrita en colaboración con D. Federico Reparaz.

PARTITURAS

¡¡Al cine!!—Libro del autor. (Partitura editada para piano por la Casa Vidal, Llimona y Boceta.)

¡El diablo son los chiquillos!—Diálogo cómico-lírico, en verso, original de D. Enrique López Marín. (Partitura editada para piano por la Casa Fuentes y Asenjo.)

El bello Narciso.—Juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, original de D. Emilio González del Castillo y D. Luis de Olive.
El jardín de los amores.—Opereta en un acto, dividido en dos cuadros, en verso y original de D. Enrique López Marín.
El suceso del día.—Libro del autor.
La Costa Azul.—Opereta en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa, original de D. Miguel Mihura y D. Ricardo González.
La noche de amor o ¡¡Al fin, solos!!—Juguete cómico-lírico en un acto, original de don Enrique López Marín y don José Juan Cadenas.
El santo de las niñas.—Humorada cómico-lírica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, original de don Enrique López Marín.
El Gato rubio.—Zarzuela melodramática en un acto, dividido en cinco cuadros. Libro en prosa de don Enrique López Marín.
La viva de genio.—Zarzuela en dos actos, divididos en siete cuadros, en prosa, original de don Miguel Mihura y don Ricardo González.
Los de "la cola".—Libro del autor.

COUPLETS

La niña medrosa.—Letra de don Enrique López Marín. (Editado para canto y piano por la Sociedad Editorial de Música.)
¡Tolon! ¡Tolon!—Letra de don Enrique López Marín. (Editado para canto y piano por la Sociedad Editorial de Música.)
La "cow-girl".—Letra y música del autor.
La sufragista.—Letra y música del autor.
Sinforosa. — Parodia. (Repertorio de Rafael Arcos.)

OTRAS COMPOSICIONES MUSICALES DEL MISMO AUTOR

Roxana.—Vals para piano. (Editado por la Casa Dotesio.)
La muerte del torero.—Pasodoble. Estrenado por la Banda Municipal de Madrid. (Editado para banda y para piano por la Casa Dotesio.)
El "Boy scout".—Marcha militar. (Editada por la Casa Ildefonso Alier; hoy Sociedad Editorial de Música.)
"Don Modesto".—Pasodoble torero. (Editado por la Casa Dotesio.)
Piccadilly.—Fox-trot para piano y para sexteto. (Editado por el autor.—Pedidos a la Casa Dotesio.)



PRECIO: **3,50** PESETAS